

CONQUISTA ESPACIO

VIAJE A LAS PROFUNDIDADES

Kelltom McIntire

CIENCIA FICCION


cb
LA CONQUISTA
DEL ESPACIO

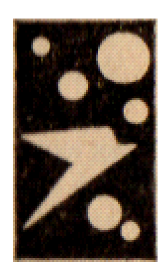
ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

716 – Agonía de un planeta, *Ralph Barby*.
717 – Puertas al infinito, *Clark Carrados*.
718 – Los androides no sangran, *Ralph Barby*.
719 – Booman y los alienígenas, *Kelltom McIntire*.
720 – Robots en el pantano, *Ralph Barby*.

KELLTOM McINTIRE

VIAJE A LAS PROFUNDIDADES

Colección
LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 721
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02525-0
Depósito legal: B. 28.390 - 1984

Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición en España: junio, 1984
1ª edición en América: abril, 1985

Concedidos derechos exclusivos *a* favor
de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1984

CAPITULO PRIMERO

A las tres de la tarde, las máquinas trabajaban sordamente en el fondo del profundo tajo.

De la hondonada se elevaban vahos tórridos y azulados del humo de los escapes de los pesados «bulldozers». Desde el borde de la excavación, las máquinas mastodónticas semejaban pequeños escarabajos que iban y venían sin cesar, bajo el sol tórrido de Nuevo México.

Larry Zakarian cabeceaba, amodorrado, bajo la enramada que los obreros habían construido muy cerca del talud. En aquel lugar hacía tanto calor como en cualquier otro del campamento, con la diferencia que, de cuando en cuando, soplaba una ligera brisa que secaba el sudor y refrescaba las sienes.

Cerca, en las instalaciones prefabricadas del campamento, funcionaba el aire acondicionado, pero eso no contaba para Larry Zakarian, director de las obras del canal. Zakarian debía permanecer allí, al aire libre, supervisando constantemente el avance de las obras.

De cuando en cuando, Larry dirigía un vistazo hacia las oficinas de la obra. Se oía, distante, el rápido teclear de una máquina de escribir eléctrica. Larry se imaginó, tras la cortina graduable, a la adusta Josephine Hall, la geóloga que formaba parte del equipo de Zakarian.

A Larry, un hombre atlético y bien parecido, pero de estatura media, le gustaban mucho las mujeres altas y bien dotadas. Josephine Hall era justamente así: alta, esbelta, sólida. Sus largas piernas, que rara vez mostraba, eran torneadas, perfectamente modeladas. Hall tenía, además, unas caderas redondas, fascinantes, que se movían cadenciosamente al caminar. Su rostro era un poco duro, de pómulos sobresalientes, boca grande, nariz regular, cejas poco arqueadas y ojos azules. Y fríos. Más fríos que témpanos polares. Cuando algo —o alguien— la incomodaba, solía dirigir por encima de sus gafas de miope una mirada fija y penetrante capaz de impresionar al hombre más templado.

A Larry Zakarian, le gustaba mucho Jossy Hall, pero sólo físicamente. Por lo demás, detestaba el carácter frío e indiferente de aquella hermosa mujer, que siempre se mantenía a distancia considerable de los demás, incluido el director de las obras, Larry Zakarian.

Larry se había sorprendido mucho cuando hojeando el expediente de Hall descubrió que ella sólo tenía veintiséis años de edad. A juzgar por su severa apariencia y su estricto comportamiento, Larry le había calculado diez años más.

Ambos habían tenido una «agarrada», semanas atrás, por cuestiones profesionales. Jossy Hall era tan absoluta en sus juicios, que a veces olvidaba que el director de las obras era Larry Zakarian.

No se trataba de que los juicios de Hall no fueran certeros, pues ella era una magnífica profesional: la Geología no tenía secretos para Jossy. Mas se expresaba en términos tan absolutos y rígidos, que Zakarian se vio obligado en varias ocasiones a hacer notar que la facultad de decisión, en todos los trabajos, sólo le competía a él.

Mientras Zakarian pensaba en todo esto, con el tecleo de la máquina de la geóloga como fondo, llegó silenciosamente Manuel Bermúdez, uno de los camareros del campamento. Zakarian simpatizaba con Manuel: era joven, pero sabía preparar los mejores cócteles del sudoeste.

—¿Un julepe, jefe? —preguntó el camarero.

Zakarian sonrió.

—Mejor una cerveza helada, Manuel. Es muy temprano para consumir brebajes alcohólicos.

Manuel se marchó hacia el bar-almacén de víveres y volvió con una bandeja. Sabía que a Zakarian no le gustaba beber la cerveza directamente de la lata de aluminio, de forma que abrió el bote y sirvió el helado líquido dorado en una hermosa copa de cristal tallado.

Larry probó un sorbo de cerveza, cerró los ojos y murmuró:

—Mmmm, deliciosa. Siéntate.

Manuel obedeció. Abajo, en el tajo, runruneaban las máquinas removiendo tierras y rocas, cargando enormes camiones y elevando al aire vaharadas ardientes de humo azulado.

—¿Por qué no se echa un rato a dormir la siesta, jefe? El termómetro marca cuarenta y seis grados a la sombra. Ya sabe que su ayudante, el señor Willow, estaría dispuesto a relevarle, aquí —dijo el camarero.

—Sam Willow tiene su turno de noche, Manuel. Y yo debo permanecer en este lugar. No me tientes. Hace unos minutos estuve a punto de dormirme. —Movió la cabeza con lentitud y añadió—: No.

Bajo la canícula, el ambiente era tranquilo en el campamento. En el taller zumbaban quedamente los tornos y las fresadoras. A través de los ventanales se veía el chisporroteo azulado de la soldadura eléctrica, alimentada —como los restantes servicios— por un gigantesco generador montado sobre un camión plataforma de ruedas tan altas como un hombre.

De las mil personas que trabajaban en las obras, dos tercios dormían la siesta en los dormitorios prefabricados. Podían descansar cómodamente, pues el aire acondicionado funcionaba día y noche. El calor quedaba fuera, al aire libre.

En el fondo, y a pesar de sus ligeras diferencias con Josephine Hall y con la empresa —la poderosa McAdams International Corporation —, Zakarian se sentía satisfecho de la marcha de las obras.

No se había producido ningún accidente mortal, se avanzaba al ritmo previsto y la disciplina en el campamento era buena.

El proyecto del Gobierno consistía en construir un largo canal de cuatrocientos kilómetros de longitud, que recogería los excedentes del río Pecos a la altura de la localidad de Fort Summers y llevaría el agua hasta las sedientas tierras de la frontera con Texas.

El ambicioso —y carísimo— proyecto venía suscitado por la imparable progresión del desierto. El Pecos era un río caudaloso en Fort Summers, cuyos excedentes servirían muy bien para detener la constante desertización de los arenales.

Para obtener el puesto de director de las obras, Larry Zakarian había tenido que competir con otros trescientos ingenieros, la mayoría de ellos profesionales de gran reputación. Sin embargo, entre los treinta seleccionados tras varias eliminatorias, la mayoría no pudo superar las pruebas físicas que exigían los seleccionadores, verdaderamente rigurosos.

Zakarian fue elegido finalmente y aceptó dirigir el proyecto en todas sus partes.

Su contrato era por toda la duración de las obras del canal, pero probablemente se prorrogaría después para la construcción de acequias, nivelación de tierras y, quizá, trabajos de repoblación de montes.

Todo esto significaba para Zakarian un sueldo de seis mil dólares mensuales, sin gastos, y la tranquilidad de tener trabajo asegurado para un mínimo de tres años. En las actuales circunstancias de crisis económica, energética e industrial, su empleo significaba una fortuna.

Y todo ello cuando acababa de cumplir los treinta y cuatro años. ¿Qué más podía desear?

Cuando el canal estuviera terminado, el nombre de Zakarian sería conocido en todos los Estados Unidos y su caché profesional ascendería en proporción a su fama.

Por otra parte, Larry había ganado cien mil dólares por la elaboración del proyecto y la organización del campamento, que era un ente independiente, autosuficiente y complejo.

—¿Otra cerveza, jefe? —preguntó Manuel, que permanecía, silencioso, junto a él.

Sin darse cuenta, Zakarian había dejado la copa vacía. Asintió con el gesto y el camarero se marchó.

Larry abrió la carpeta y revisó algunas fases del trabajo.

Se sentía orgulloso de su gestión en el campamento, que él mismo había diseñado a lo largo de tres meses de intenso trabajo.

Tuvo que esforzarse hasta ahorrar unos centavos, pues aunque el Congreso de los Estados Unidos había dado vía libre al proyecto del canal, los senadores no se mostraron tan propicios. El senador Faulkner presentó un presupuesto rígido e insuperable, y Zakarian hubo de ceñirse a aquella cifra.

Para poder seguir adelante con aquel dinero, Larry ingenió medios que ahorraban muchos millones de dólares. Por ejemplo, el horno desmontable que fabricaba cemento in situ. O la planta de hormigón que fabricaba colosales piezas ensamblables que formarían —que formaban ya, a lo largo de ochenta kilómetros— el cauce del ancho canal de treinta metros de anchura por diez de profundidad. Y la máquina moledora de piedra, que elaboraba materiales para la planta de hormigón.

Zakarian se las había arreglado de tal forma, que en el campamento de obras sólo necesitaban combustible, dinamita, provisiones y algunas piezas de repuesto para las máquinas, aunque muchas de ellas se construían en el taller mecánico desplazable.

El senador Faulkner había tratado de retirar el proyecto con la disculpa de que habría que tender una línea eléctrica de alta tensión que recorrería centenares de kilómetros. «Una sangría para la nación», clamó, furibundo, el senador en una de las sesiones. Pero Zakarian obvió aquel asunto contratando con el ejército el alquiler de un gran generador-alternador, que sería devuelto al final de las obras.

Hubo muchas zancadillas antes de que el Senado aprobase el proyecto. Una de las consecuencias de tales maniobras era la necesidad de trabajar durante las veinticuatro horas del día... para evitar que los trabajos se alargasen años y años.

De todas formas, el ingeniero Zakarian había triunfado. No sólo no sobrepasó el presupuesto —en pura hipótesis de cálculos—, sino que incluso logró rebajarlo.

Naturalmente, había que trabajar denodadamente. Cada tres o cuatro kilómetros —diez días, aproximadamente— el campamento tenía que trasladarse hacia el principio del tajo.

Esto suponía desmontar instalaciones, la ciclópea grúa que colocaba los módulos de hormigón en la excavación, la planta de hormigón, la demoledora de piedra... aunque las restantes máquinas pesadas se trasladaran por sí mismas, para lo cual había que disponer el camino previamente.

Manuel sirvió la segunda cerveza y Zakarian le obsequió con uno de aquellos puros largos y delgados, que había comprado en Ciudad Juárez la semana anterior.

Bebió con ansiedad. Sabía que consumir muchos líquidos suponía sudar constantemente. «Pero peor es deshidratarse», pensó. Y sonrió levemente.

Se oía el tecleo de la máquina de Jossy Hall. Al parecer, la geóloga estaba redactando un estudio topo-geológico de las comarcas que atravesaba el canal. Su estudio, probablemente, se convertiría en un tratado técnico que se vendería muy bien en las librerías. Jossy era una estudiosa, una mujer muy capaz, una trabajadora incansable… «un verdadero petardo», en opinión de Larry Zakarian.

La radio walkie-talkie que Larry tenía sobre la tosca mesa de madera produjo un pitido agudo y la pequeña luz intermitente destelló a la sombra de la enramada.

—¿Señor Zakarian? —Larry reconoció al punto la voz del capataz Mike Virgili.

—Aquí estoy, Mike. ¿Dispuestos los barrenos para arrancar ese bloque de basalto?

—Tenemos problemas, señor. Estábamos perforando la roca para colocar las cargas de gelinita, cuando el suelo se hundió. Tenemos a tres hombres gravemente heridos. Por favor, envíe una ambulancia. Creo que usted hace falta aquí. Se ha abierto un enorme socavón. Parece una inmensa gruta…

CAPITULO II

El accidente se había producido al final del tajo, kilómetro y medio más allá del campamento.

Zakarian llegó allí segundos después que la ambulancia, en la que viajaba la joven doctora Barbra Davenport, una rubita pequeña y vivaracha que se había ganado las simpatías de todos los miembros del campamento.

Zakarian saltó del «jeep», que acababa de detenerse al margen de la excavación, y descendió por la escalera de hierro que habían montado los obreros. No pudo ver muy bien el socavón, pues una de las máquinas, escorada sobre el talud, lo tapaba parcialmente.

Virgili y sus hombres habían logrado extraer del pozo a los tres obreros accidentados. Dos de ellos gemían sordamente, atendidos por sus compañeros. El tercero yacía exánime boca arriba, con el rostro manchado de sangre.

La doctora Davenport apreció varias facturas de mediana gravedad en los dos obreros menos graves. Tras inyectarles morfina para calmar sus dolores, ordenó que fueran izados hasta el borde de la excavación. El tercer hombre acababa de volver en sí y arrojó espuma sanguinolenta por la boca.

—Tiene hundido el tórax —declaró Barbra Davenport, preocupada—. Una de sus costillas rotas ha debido perforar le el pulmón. Es preciso intervenirle inmediatamente. ¡Traigan aquí una camilla!

La ambulancia se alejó a gran velocidad hacia el campamento, dejando en el aire el eco dramático de su sirena.

Los trabajos habían quedado interrumpidos instantáneamente. Desde las cabinas de las máquinas o desde el fondo de la hendidura, unos trescientos obreros y técnicos rodeaban el lugar. Sus expresiones eran preocupadas, mohínas y ceñudas.

—Mala suerte, jefe —dijo a Zakarian el musculoso Mike Virgili—, El primer accidente serio en nuestro camino hacia el sur.

Larry asintió, sudoroso.

—¿Qué ocurrió ahí abajo? —inquirió.

—Ya sabe que de vez en cuando tropezamos con sólidos bloques de basalto o granito que hay que volar con explosivos —respondió el capataz—. Ese obstaculizaba el trazado del canal y, siguiendo sus instrucciones, comenzamos a perforar el granito para colocar los barrenos. Pues bien: esa especie de tapón pétreo se hundió de improviso cuando estábamos dando fin al trabajo. Johnny Suárez, Ted Rogers y Bill Newman cayeron en la oquedad y desaparecieron. Por otra parte, esa pala se inclinó lateralmente y quedó apoyada en el

talud, obstruyendo la boca de la cueva. Tuvimos que descender al pozo para rescatarlos. Me preocupa, sobre todo, Bill Newman. Un pedazo de roca le aplastó contra el suelo. Dudo mucho que ese pobre muchacho salga adelante. ¿Oyó cómo respiraba?

Zakarian asintió con un movimiento de cabeza. Y dijo:

—La doctora Davenport es una buena especialista en traumatismos. Si alguien puede salvar a Newman, es ella justamente. ¿Echamos una ojeada a ese hoyo?

Con cautela, avanzaron hacia el talud, rodeando la gigantesca excavadora que obstruía la boca de la caverna. Bajo los pies de Zakarian, la tierra se movió y algunas rocas de considerable tamaño cayeron sordamente a la depresión. En el último momento, cuando Virgili perdía el equilibrio al fallar la tierra bajo sus pies, Zakarian le agarró de un brazo y le puso a salvo de un tirón.

Al cabo, ambos se alzaron del suelo, jadeantes y asustados.

—El peso de la máquina presiona demasiado bajo el firme inestable —gruñó Virgili—. Lo más prudente sería apartar la máquina y sanear los bordes de ese agujero.

—Cierto —asintió el ingeniero—. Que llamen por radio al campamento y envíen varios de nuestros camiones «Goliath». Vamos a apartar esa dichosa máquina.

Los camiones llegaron quince minutos más tarde y se detuvieron a distancia prudente del borde del talud. Varios cables fueron tendidos desde la gran excavadora a los camiones. Con la ayuda de la cabria de la máquina y la tracción conjunta de cuatro camiones, la excavadora fue elevándose centímetro a centímetro hasta recuperar el equilibrio sobre sus orugas. Apartada a distancia prudencial, unos obreros descendieron y sanearon el boquete de la oquedad, de unos diez metros de diámetro.

—Vamos a ver —dijo Zakarian—, Traigan unas sogas. Echaremos una ojeada a esa caverna.

El brazo de una grúa descolgó a Larry Zakarian, a Mike Virgili y a una cuadrilla de cinco dinamiteros especializados.

Los rayos del fuerte sol penetraban en la oscura oquedad e iluminaban, deslumbrantes, las tinieblas profundas. Al resplandor amarillento, Zakarian contempló la irregular bóveda de granito. La piedra sólida compuesta despedía miles de destellos misteriosos en la penumbra azulada.

—Es una falla. ¿Ve esa línea de ruptura, Mike? —indicó Zakarian al capataz de dinamiteros—. Como usted dijo, ese bloque desprendido formaba una especie de tapón. Las vibraciones de la excavadora y el peso de las máquinas removieron ese pedrusco y lo desplazaron de su encaje.

Sonaban en la caverna los chirridos de las poleas de la cabria. El

descenso proseguía lentamente, pero los pies de los hombres aún no tocaban suelo firme.

—Un poco más, un poco más —indicaba Virgili, a través de su radio.

Sus obreros encendieron lámparas potentes, que taladra ron la oscuridad profunda.

Una exclamación de asombro brotó de todas las gargantas.

—¡Madonna! —murmuró Virgili—. ¡Esto es más grande que el estadio de los Dodgers!

No exageraba en absoluto. Habían descendido unos cuarenta metros y el suelo de la caverna aún estaba distante. Por encima de ellos, la bóveda de granito se elevaba tan espectacularmente como la cúpula de una catedral. La boca de acceso quedaba arriba, diminuta como la entrada de una madriguera, y las linternas que empuñaban los dinamiteros apenas lograban alcanzar los distantes muros oblongos de la gran caverna.

A una orden de Virgili, la grúa se había detenido. Los cinco hombres colgaban en el vacío como enormes arañas que pendieran de sus hilos de seda.

—Por fortuna, nuestros hombres cayeron en esa cornisa —indicó Virgili la senda sobresaliente, como un palco de teatro—. Madonna, si hubieran caído al fondo…! Ninguno de ellos se habría salvado.

—¡Iluminad abajo! —gritó Larry Zakarian.

Los dedos luminosos de cinco linternas alumbraron el colosal bloque de granito desprendido de las alturas. Aquel pedrusco ciclópeo debía pesar más de doscientas toneladas.

—Dígales que sigan bajándonos —pidió el ingeniero a su capataz —. Ya que estamos aquí, vamos a explorar este insólito lugar.

Chirriaron nuevamente las poleas y las arañas humanas descendieron hasta el fondo de la caverna, deslizándose por las irregulares facetas ásperas del bloque desprendido.

Abajo, soltaron los atalajes que les mantenían sujetos a los cables y contemplaron con estupor la espaciosa oquedad.

—Vamos, echemos una ojeada —rompió el silencio Zakarian.

Su voz resonó irrealmente bajo la bóveda, agrandada y repetida por el eco. Un hombre le entregó una linterna y el ingeniero caminó sobre el suelo húmedo, seguido del capataz y su equipo.

—¡Mirad eso! —exclamó uno de ellos—. ¡Varias galerías subterráneas se abren al fondo de la cueva!

—Vayan con cuidado —les recomendó Zakarian—. Este es un paraje desconocido, fuera de lo común. Miren bien donde ponen los pies. Es posible que existan pozos profundos o hendiduras en el suelo.

Sus pasos resonaban sobre el pavimento pétreo con estrépito. Los hombres avanzaban con cautela, contemplando cuanto les rodeaba

con ojos desorbitados por el asombro.

—Hay cuatro pasadizos —susurró Virgili—, El suelo desciende progresivamente hacia allá. ¿Qué hacemos, señor Zakarian? ¡Esto es enorme! Desde el suelo a la bóveda no habrá menos de setenta metros y el diámetro de la gruta debe ser de más de cien. Nunca creí que existieran estas maravillas naturales bajo la tierra. ¿Cree que el descubrimiento de esta gran caverna puede alterar la marcha de las obras?

Zakarian torció el gesto. No, por nada del mundo permitiría que su obra se viera frenada por ningún obstáculo, aunque se tratara de la gruta más maravillosa del mundo.

—Vamos hacia allá. Veamos esas galerías —rehuyó responder a la cuestión que Mike Virgili le planteaba.

Caminaron hacia el mayor de los pasadizos subterráneos, situado en el punto opuesto al boquete por el que habían descendido. La galería subterránea era alta, de unos cuatro metros de altura, perfectamente cilíndrica.

—Se diría que este conducto ha sido excavado por las aguas —exclamó el capataz—, Pero eso resulta punto menos que imposible. ¡Nunca llueve en esta parte de Nuevo México!

Zakarian rió quedamente en la penumbra.

—Nuestras vidas son demasiado cortas, Mike. Usted sabe que ahora jamás llueve en estos desiertos parajes. Pero ¿quién sabe cómo era este lugar hace quinientos años, hace tres mil…, veinte mil años…? Probablemente, Nuevo México estaría cubierto de espesos bosques y cruzado por ríos caudalosos. La Tierra está en perpetua evolución por sí misma o en virtud de los intereses de la humanidad. ¿No estamos nosotros aquí para convertir estos áridos páramos en vergeles? —planteó.

—Tiene razón. Y una prueba de lo que dice son estas cavernas, excavadas por corrientes líquidas subterráneas. Por cierto, cuando descendíamos descubrí varias fallas en la bóveda de esta gruta…

—Las aguas debieron filtrarse por esas hendiduras hace miles de años y a lo largo de siglos fueron abriéndose camino en el seno de la tierra… —Zakarian se volvió hacia sus compañeros y preguntó—: ¿Alguno de ustedes puede darme un cigarrillo? Me olvidé el tabaco en el campamento.

El moreno Budd Crookston sacó del bolsillo de su camisa un arrugado paquete de «Lucky Strike» y distribuyó cigarrillos entre todos. Zakarian encendió el suyo y fumó con fruición, en actitud reflexiva.

—¿Vamos? —exclamó Virgili, impaciente.

Caminaron cautelosos a lo largo de la galería. La roca era sólida y brillante, ligeramente húmeda. Las botas de los exploradores

producían crujidos al pisar la leve capa de arena que cubría el suelo descendente.

Avanzaron largo trecho hasta desembocar en una angosta caverna a la que confluían varios conductos, de menor diámetro.

—Es... como el colector de una cloaca —murmuró Budd Crookston, asombrado—. Miren esa hendidura: un hilillo de agua clara brota de ahí.

Se inclinaron y mojaron sus dedos en el fresco líquido que rezumaba de la roca. Crookston recogió un poco de agua en su mano y se la llevó a los labios.

—Deliciosamente fría —dijo—. ¡Lástima que sea tan escasa!

—¿Por dónde seguimos ahora? —planteó Mike Virgili—, Hay dos grandes galerías que descienden hacia Dios sabe dónde.

Zakarian escogió el pasadizo que bajaba en plano más agudo.

La capa de arena del suelo, oscura y destellante gracias a la partícula de mica, era ahora más gruesa y húmeda.

Caminaban, ansiosos y admirados, cuando zumbó la radio que Virgili llevaba colgada al pecho.

—¡Señor Zakarian, señor Zakarian! —sonó una voz masculina en el pequeño altavoz.

—Estamos aquí, Dan. En perfecto estado —respondió el ingeniero —. ¿Ocurre algo?

—Bueno, jefe... Está aquí Josephine Hall. Quiere hablar con usted.

—Muy bien. Que diga lo que sea —gruñó Zakarian, irritado—. ¿Qué se le ofrece, Jossy?

—¡No me llame Jossy, sabe que lo detesto! Mi nombre es Josephine —se oyó la voz adusta de la geóloga Hall.

—Oiga, no me distraiga ahora. Estamos explorando esta caverna y...

—Precisamente a eso iba a referirme —le cortó bruscamente miss Hall—, ¿Qué ocurre ahí abajo? ¿No cree que debió informarme? Como subdirectora de este proyecto, yo...

—¡No me fastidie, por favor! —Zakarian se mostraba grosero deliberadamente—. ¿Cree que es el momento propicio para someterse a las formalidades administrativas? Ya sabe lo ocurrido: el suelo se hundió cuando mis hombres se disponían a eliminar un obstáculo, tres obreros han resultado heridos, uno de ellos de gravedad. Hay una gran caverna bajo nuestro canal y yo estoy explorando esto para ver lo que debemos hacer de aquí en adelante. ¿Qué más quiere saber?

—Me hubiera gustado echar un vistazo a esa caverna. Y voy a hacerlo. Mi informe sobre esa caverna debe constar en la memoria general de las obras —especificó la señorita Hall con voz tremante.

—¡No sea loca! —gritó Zakarian, colérico—. Este no es un trabajo para mujeres. Demasiado arriesgado, ¿no le parece?

—No hay riesgo, por grande que sea, que me impida cumplir con mi deber. ¡Voy allá, señor Zakarian! —gritó Josephine Hall a través de las ondas.

Larry cortó el contacto y pronunció una palabrota intranscribible.

CAPITULO III

Virgili aplastó el cigarrillo con la puntera de su bota.

—No podemos dejarla sola, jefe. Miss Hall podría extraviarse en este dédalo de caminos subterráneos —dijo.

Zakarian gruñó sordamente.

—Es lo mejor que podría ocurrir.

Pero añadió:

—Está bien, retrocedamos. Ya hemos visto bastante.

—¿Quiere decir que no vamos a seguir explorando esta red de túneles y simas, señor Zakarian? —exclamó Crookston, desilusionado.

—¿Para qué continuar? —contestó el ingeniero, desabrido—. He explorado muchos de estos sistemas subterráneos, que a veces se extienden docenas de kilómetros en las entrañas de la tierra. El hallazgo de esta caverna sólo supone para nosotros un engorro. Nos limitaremos a colocar unas sólidas vigas allá arriba, tras lo cual rellenaremos el boquete con una sólida capa de hormigón armado. Quedará suficientemente firme para seguir colocando los módulos del canal. Eso es todo.

Mike Virgili le miró de hito en hito.

—Así que se propone tapiar esta maravilla... —sugirió, tan decepcionado como el dinamitero Budd Crookston.

Zakarian se separó unos pasos.

—Pero ¡vamos! ¿Qué les pasa? Esto no es un juego de boy-scouts —exclamó, impaciente—. Estamos aquí para construir un canal de cuatrocientos kilómetros de longitud. No somos espeleólogos, ni nuestra misión consiste en explorar cuevas, sino en abrir el cauce del Canal Fort Summers y forrarlo con piezas de hormigón.

Echó a andar decididamente y los otros le siguieron, aunque a regañadientes. Se acercaban a la caverna colector, cuando oyeron voces y vieron unas luces al final del pasaje subterráneo.

Unos minutos después se encontraron con Josephine Hall, que venía acompañada de dos hombres del equipo de Virgili.

—¿Han visto? —exclamó la mujer, excitada—. ¡Hemos descubierto una verdadera maravilla de la naturaleza...!

Zakarian sonrió, irónico.

—Pues dese prisa en contemplar tanta belleza —respondió, áspero —. Dentro de media hora comenzaremos a tapiar el boquete de acceso.

Ella le contempló fijamente, incrédula.

—¿Cómo? ¿Qué va a clausurar esta caverna sin informar a las autoridades, sin rendir un informe urgente a la McAdams

International Corporation? No puedo creerlo. Usted no va a hacer eso, ¿verdad, señor Zakarian? —le desafió.

—Eso es justamente lo que haré. Yo soy quien decide sobre cualquier incidencia de estas obras —puntualizó fríamente el ingeniero.

La mujer se mordió su jugoso labio inferior.

—Pero yo no lo permitiré. A mí no puede amordazarme, señor Zakarian.

—¿Y qué piensa hacer para impedirlo?

—Telefonearé al senador Faulkner, me comunicaré con la empresa, enviaré mensajes a los periódicos, a la televisión, al gobernador de Nuevo México — Josephine mordía las sílabas, tanta era su cólera—. Propagaré la noticia del hallazgo de esta fabulosa caverna a los cuatro puntos cardinales, no descansaré hasta...

A Zakarian le hubiera gustado abarcar el bello cuello de Hall con sus anchas manos y, muy lentamente, apretar hasta estrangularla. En aquel momento lo hubiera hecho con suma satisfacción, tanto rencor sentía hacia aquella animosa mujer.

Lo que más temía Larry Zakarian era que algún imponderable viniera a impedir la normal progresión de las obras del canal. En Washington, Fabián Faulkner se había convertido en el «abogado del Diablo» del proyecto. Faulkner era republicano y el tipo más conservador del mundo. Además, profesaba una intensa antipatía a Zakarian, porque el joven ingeniero había ido echando por tierra, sistemáticamente, cada uno de los obstáculos que el senador había opuesto al proyecto. Si las obras quedaban paralizadas, el empleo de Zakarian podía peligrar. Y, con el empleo, todos los sueños y planes personales que se había venido forjando.

Se imponía, pues, negociar con aquella entrometida y tozuda mujer.

—Debo advertirle. Hall —dijo en un aparte, sin mirar a Josephine —, que la empresa puede rescindirle el contrato sí su intromisión afecta a los intereses de la McAdams International Corporation.

—Sí, estoy segura de que usted sería capaz de una vileza semejante. A pesar de lo cual, quiero explorar estos conductos subterráneos.

—Pero ¿qué diablos se le ha perdido aquí? —se desesperó el director de las obras—. A sesenta millas de aquí está la Black Range. Allí existen miles de cuevas y kilómetros de pasajes subterráneos, lagos, pozos y chimeneas. ¿Por qué no viaja hasta allí los fines de semana? Le aseguro que lo pasaré muy bien, vestida con unos pantalones como los que ahora lleva v calzada con unos zapatones del cuarenta y cinco...

La burla era deliberadamente cruel, pero Hall no se inmutó, a

pesar de que el comentario de Zakarian había provocado las sonrisas de los presentes. Ciertamente, la geóloga no presentaba un aspecto muy femenino, ataviada con un casco de minero, unas gruesas gafas de concha, la camisa gris de obrero, unos pantalones de dril muy sucios y holgados y unas enormes botas de seguridad, amén de toda la parafernalia del cinturón y otros atalajes de espeleología con cuchillo al cinto y multitud de ganchos y mosquetones colgando sobre sus redondas caderas.

—No se me ha perdido nada en Black Range —respondió ella, estólida—. Mi trabajo está aquí. Y pienso explorar esta caverna.

Tras reflexionar unos minutos, Zakarian decidió: —Está bien. Llegaremos hasta donde podamos. Pero la advierto, Hall: usted será responsable de cuantas pérdidas cause a la empresa. Esto no le gustará mucho al gerente general. Ya sabe cómo es William Atchison: le encanta recortar los gastos de la McAdams. De acuerdo. Llama a Dan, Virgili. Que nos envíen cuerdas, clavos, lámparas... Que bajen los electricistas y establezcan puntos de alumbrado en el fondo de la gran gruta. ¡Ah, que envíen también unos bocadillos y unas cervezas!

Regresaron a la gruta principal, mientras el capataz enviaba arriba las instrucciones del ingeniero jefe.

Una plataforma en la que venían los electricistas, con los víveres y útiles, descendió a los pocos minutos. Los operarios tendieron cables eléctricos y la caverna quedó fastuosamente iluminada.

Verdaderamente, la contemplación de la altísima bóveda suponía un espectáculo de por sí, pero Zakarian no se sentía admirado, sino profundamente irritado.

—Y todo esto por el simple capricho de una mujer terca como una mula resabiada —se lamentó íntimamente.

Distribuyeron los bocadillos y las cervezas. Josephine Hall aguardaba en pie, a unos metros de distancia, mientras los hombres comían y bebían. Tenía en las manos una magnífica cámara Canon, con la que fotografiaba escrupulosamente cada recoveco de la grandiosa «catedral» excavada en la roca.

—Terminemos cuanto antes —propuso Zakarian. Y los hombres recogieron los útiles y se dispusieron a adentrarse en la mayor de las galerías.

A medida que profundizaban en los senos de la roca granítica, Hall se deshacía en grititos de admiración y comentarios encendidos.

—¡Maravilloso, increíble, fascinador! —murmuraba para sí, a cada paso. Y seguía disparando el flash de su cámara a diestro y siniestro.

Incluso Larry Zakarian hubiera gozado de aquel viaje de exploración..., de no ser por la presencia de la mujer, a la que detestaba mucho más que unas horas antes.

Cruzaron la caverna colector y continuaron por la galería de la

izquierda. Junto a Zakarian, un electricista portaba un potente foco eléctrico, a medida que sus compañeros iban tendiendo el cable.

De repente, Zakarian se detuvo.

—¿Qué ocurre, jefe? —preguntó Virgili, que acababa de chocar contra la espalda del ingeniero.

— ¡Mirad!

Zakarian señalaba con el brazo extendido las huellas marcadas sobre la arena húmeda.

—Son… ¡son huellas! —exclamó el capataz, perplejo.

—Huellas de pies descalzos —murmuró Larry, incrédulo.

Se volvió hacia los hombres de Virgili y miró sus pies. Todos calzaban sus botas de trabajo con puntera de acero.

—¿Alguno de vosotros caminaba descalzo en el viaje anterior? —preguntó Zakarian a los hombres que se apiñaban en torno de él.

Todos negaron rotundamente.

Josephine Hall llegó en ese momento, respirando atropelladamente.

—¿Qué ocurre, qué ocurre?

Nadie respondió. Los hombres formaban un apretado círculo alrededor de aquellas huellas de pies, profundamente marcadas en la arena.

—Unos pies enormes —dijo Mike Virgili—, El tipo que dejó estas huellas debía calzar zapatos del número cincuenta, aunque cuando pasó por aquí caminaba descalzo.

El foco eléctrico iluminaba la galería en una extensión de treinta o cuarenta metros. Aquella distancia, el pasaje natural describía una pronunciada curva a la derecha. Las huellas de pies humanos se perdían allí, distanciadas entre sí más de metro y medio.

—Chocante —dijo la geóloga, después de examinar las huellas—. Esto quiere decir que el dédalo de túneles tiene una salida en alguna parte. Alguien, antes que nosotros estuvo aquí.

—Polifemo[1] —se burló Zakarian. Pero nadie rió.

Se oía la respiración agitada de miss Hall, que, agachada, buscaba el mejor ángulo para fotografiar las enormes huellas.

Se oía la respiración agitada de miss Hall, que, agachada, buscaba el mejor ángulo para fotografiar las enormes huellas.

—De todas formas, el tipo que caminó por aquí debe ser un verdadero gigante —comentó Budd Crookston. Y todos estuvieron de acuerdo.

Zakarian examinaba, ensimismado, aquel paraje. Hubiera jurado que en la anterior exploración, las grandes huellas de pies no estaban en aquel lugar. Registró el suelo y halló la punta de cigarrillo que Mike Virgili había aplastado con su zapato una hora antes. Si buscaba una prueba, allí la tenía: evidentemente las huellas de pies desnudos

no existían una hora atrás.

Esta evidencia llevó a su ánimo un ramalazo de inquietud. Que el conjunto de pasajes y cavidades subterráneos tuviera una o varias salidas al exterior, no le preocupaba. Pero sí la existencia del misterioso personaje que se paseaba descalzo por las entrañas de la tierra.

—Bien; esto indica que estas cavernas son suficientemente conocidas —dijo Zakarian, aprovechando el momento psicológico—. Repararemos el daño que hemos producido allá arriba y todo seguirá igual aquí, por los siglos de los siglos. Volvamos.

—¡Un momento' —lo detuvo Josephine, que alzaba un brazo con energía—. El asunto es lo suficientemente inquietante como para despertar mi curiosidad. Si no les importa, proseguiremos avanzando un tramo.

Lo daba por hecho, al parecer, pues puso su cámara en manos de Crookston y dijo:

—¿Quiere hacerse cargo de esto, Budd? Voy a levantar un plano del trazado de estas galerías.

A juzgar por sus semblantes, todos estaban dispuestos a secundar a la geóloga. Resignado, Zakarian se colocó de nuevo a la cabeza del grupo de exploradores y avanzaron por el pasaje, en pos de las huellas marcadas en la arena.

El túnel se bifurcó nuevamente en dos y el ingeniero escogió esta vez el camino de la izquierda.

La pendiente era tan aguda que todos caminaban aprisa, aunque de cuando en cuando debían hacer un alto para aguar dar a miss Hall, que se distraía cada momento para reseñar en su plano cada detalle del paraje.

En una de aquellas etapas, escucharon el fragor de una corriente próxima. Intrigados, avanzaron a buen paso y finalmente desembocaron en una extensa caverna alargada. Las luces del foco y de la linterna desvelaron un panorama impresionante: a la izquierda, un anchísimo chorro de agua silbante brotaba de un conducto elevado. Las aguas, rumorosas, caían sobre un lago de aguas oscuras y misteriosas, cuyo final era invisible desde aquel punto de observación.

Mudos de asombro, contemplaron los erizados muros pétreos y la alta bóveda sustentada por vistosas estalactitas y estalagmitas de belleza insólita. Los tonos de las esbeltas columnas iban desde el bermellón al gris azulado, pasando por una gama increíble de verdes, naranjas y rojos encendidos.

A la derecha, se extendía una senda escarpada, a unos cinco metros de altura sobre las oscuras aguas del lago subterráneo. La cornisa rocosa se perdía en las distantes penumbras. Del otro lado del lago, surgían docenas de agujeros y pasadizos oscuros, que convertían

el lugar en una visión de pesadilla.

El rumor de sifón de numerosos veneros que vertían sus aguas al lago acallaba los comentarios encendidos de los asombrados exploradores.

«El infierno debe tener un aspecto semejante», pensó Zakarian, estupefacto.

Olfateó a su alrededor. El aire hedía.

No era Zakarian el único que había percibido aquel hedor, a juzgar por las expresiones de sus compañeros.

—Huele a carroña —murmuró el ingeniero.

El electricista que portaba el foco eléctrico se acercó temerariamente a la orilla escarpada del lago. Súbitamente, el hombre retrocedió de un salto, tan atolondradamente que tropezó y cayó de espaldas sobre la roca húmeda, exhalando un chillido penetrante.

Todos se inclinaron sobre él para auxiliarle. Por fortuna, el foco no se rompió, aunque rebotó violentamente sobre la roca.

—Vamos, hombre —Virgili sostenía al electricista entre sus robustos brazos—. ¿De qué te has asustado?

Porque aquel hombre estaba verdaderamente aterrado. Descolorido y tembloroso, en sus ojos brillaba el pánico.

— Vi… vi… vi algo que… que se movía entre las aguas. Me… me asusté —balbuceó con torpeza.

Los hombres que le rodeaban prorrumpieron en comentarios excitados.

—Vamos, no bromees, Paul —le interpeló otro de los electricistas —. ¡No irás a decirnos que has visto un monstruo acuático!

Pero Paul seguía temblando entre los brazos de Mike Virgili.

—No… no sé lo que he visto —respondió—. Sólo una sombra que se deslizaba bajo el agua. Coged el foco. Yo no volveré a acercarme a ese lago de aguas oscuras —añadió, tensos los músculos, al tiempo que retrocedía, lejos del embalse.

Zakarian tomó el foco de manos de otro operario y se acercó con precaución a la orilla. Desde allí, recorrió las aguas profundas con el haz de luz. El capataz y varios de sus hombres se acercaron y contemplaron, con interés no desprovisto de cierta cautela, las aguas oscuras y misteriosas.

La luz barría la roca negruzca bajo el agua, pero no alcanzaba a iluminar el fondo, aunque la extensión líquida era de agua pura y transparente.

No advirtieron ningún movimiento sospechoso bajo la superficie y finalmente todos se apartaron de allí.

Zakarian consultó su reloj de pulsera.

—Son las nueve de la tarde —exclamó, estupefacto—. El tiempo ha corrido veloz. Es hora de volver a la superficie. Espero que se

sienta satisfecha a estas alturas, miss Hall…

Se volvió en busca de la geóloga. Pero Josephine Hall había desaparecido.

CAPITULO IV

Mike Virgili pronunció un taco en italiano.

—¿Dónde se habrá metido esa mujer?

Crookston y otro dinamitero la buscaron a través de la jungla de estalagmitas y estalactitas, mientras el capataz gritaba a voz en cuello:

—¡Eh, miss Hall! ¡Dese prisa, volvemos a la superficie!

A sus gritos sólo respondió el medroso eco del fondo de la caverna, a la que Zakarian había bautizado íntimamente como «Antesala del Infierno». Un escalofrío de inquietud les recorrió a todos.

—Maldita sea —barbotó, para sí, Larry—, ¿Dónde estará esa entrometida mujer?

Desde que se conocieran, allá por febrero, Zakarian había sentido una vivísima antipatía por aquella mujer, a la que no se recataba en zaherir y ridiculizar cada vez que se le ofrecía la ocasión. Pero ahora, imaginando que Josephine hubiera podido sufrir un accidente mortal, se sintió culpable y responsable.

—Busquémosla —ordenó—. No se separen mucho unos de otros. Cualquiera podría extraviarse en este laberinto de columnas, agujeros, pasadizos y hendiduras. Tengan cuidado y griten con fuerza si alguno se ve en peligro.

El fue el primero en caminar en pos de Crookston y su compañero, cuyas lámparas aparecían y desaparecían constantemente tras las columnas pétreas de variados colores.

A cada pocos metros, Zakarian volvía a gritar su llamada.

—¿Está ahí, miss Hall? ¡Vamos, conteste, o se quedará aquí para siempre!

Virgili, que caminaba tras el ingeniero, le detuvo asiéndole de un brazo.

—¿No percibe ese hedor? ¡Es algo repugnante!

—Sí. Me pregunto de dónde provendrá.

—Es extraño: huele a muerto. Pero ¿quién puede imaginar que esto esté lleno de carroñas? —gruñó el capataz.

Decrecía paulatinamente el fragor que se alzaba del caudaloso sifón, a medida que se alejaban de él. Impalpables vedijas de vapor acuoso se expandían por doquier, formando destellos multicolores al ser atravesadas por los haces luminosos.

«Es un paisaje irreal, de pesadilla —pensó Zakarian, impresionado —. No volvería a un lugar como éste por nada del mundo.»

Pero ¿y Josephine Hall, dónde se había metido la caprichosa

mujer?

—Se acordará de esto, si la encuentro alguna vez —se propuso el ingeniero, cuya inquietud íntima iba en aumento, a medida que avanzaban a través de aquel paisaje de pesadilla—. Se acordará de mí por el resto de sus días.

Dio un grito y los expedicionarios se reunieron.

—No, no hemos visto nada. Ni siquiera las huellas de sus botas —dijeron.

Un nudo de angustia se formó en la garganta de Larry Zakarian. Los hombres le escrutaban, silenciosos, con la preocupación reflejada en sus semblantes.

—Adelante.

Avanzaron y pocos metros más allá se detuvieron en el borde de una hendidura. El foco iluminó la profunda sima de un metro de anchura y no halló su fondo.

Zakarian tragó saliva. Aquella atolondrada mujer podía haber caído al fondo del lóbrego abismo. Si realmente ocurrió así, el fragor del sifón debió acallar su alarido de horror al despeñarse, lo que explicaba que nadie hubiera oído su última llamada.

Oyeron un sordo glu-glú próximo. A la luz de las linternas, comprobaron que las aguas del lago subterráneo se precipitaban a un estrecho túnel. La corriente borboteaba allí, produciendo burbujas y extraños gorgoteos, rumores estrangulados, sonidos misteriosos… A la derecha, una hendidura en forma de concha. Y allí, cómodamente sentada en una roca redonda, Josephine Hall dibujaba apaciblemente a la luz de la linterna ajustada en una hendidura.

Al descubrirla, Zakarian palideció, primero, y enrojeció, después, hasta congestionarse.

—¡Señorita Hall! —bramó, descompuesto.

Ella alzó la cabeza, parpadeó, desconcertada y dijo:

—Termino en pocos minutos. Estoy dando los últimos toques al dibujo de esta fascinante gruta —sonrió fugazmente y añadió—: Estaré lista para continuar la exploración en seguida.

Un suspiro de alivio colectivo brotó de las gargantas de los exploradores. En verdad, todos se alegraban de hallar a miss Hall sana y salva, incluido Larry Zakarian, aunque las manos del ingeniero se crispaban, ansiosas por abarcar el cuello de la distraída geóloga.

Gruñó algo entre dientes, dejó caer los brazos a lo largo del cuerpo y ordenó:

—Deje sus dibujos de una maldita vez y síganos —en voz baja recomendó al capataz—: No la pierda de vista ni un solo minuto, Mike. Esta estúpida criatura es muy capaz de meterse en dificultades.

—Descuide. Me ocuparé de ella —asintió Virgili.

Volvieron sobre sus pasos a través del intrincado paraje. El suelo

era abrupto y quebrado, dividido en estrechos senderos que discurrían, cuesta arriba o cuesta abajo, entre las apretadas estalagmitas. Tan difícil era caminar que, en un momento dado, el mismo Zakarian resbaló por una pronunciada pendiente y estuvo a punto de precipitarse en un profundo pozo de dos metros de diámetro. Por fortuna, al perder el equilibrio logró afianzarse a un risco erizado.

Sus manos quedaron heridas, pero Larry lo dio por bien empleado, al verse al borde de la sima.

—Es de ahí de donde proviene ese hedor —dijo el capataz, después de auxiliar a su jefe.

Zakarian pidió que trajeran el foco eléctrico. Con todas las precauciones, el electricista se acercó al borde de la sima e iluminó las profundidades.

Era un pozo de paredes lisas y húmedas, por las que se deslizaban hilillos de agua. Al fondo, Zakarian descubrió un bulto blanquecino.

—¿Qué es eso?

—Yo diría que es…, el cadáver de un hombre. ¡Sí, de un hombre desnudo! —respondió Budd Crookston.

Llegaron los otros expedicionarios y apuntaron sus linternas a lo hondo. A la luz clara, todos pudieron contemplar, aterrados, el cuerpo destrozado del hombre que yacía en el fondo de la sima.

Aunque el pozo tenía algo más de dos metros de diámetro, sus largas piernas se doblaban sobre el pecho en un ángulo insólito.

—Debía ser un auténtico gigante —susurró Mike Virgili, estupefacto—. Un hombre de casi tres metros de estatura.

—¡Quizá fue él quien dejó las huellas de sus pies en la arena! —exclamó en ese momento, miss Hall, asomando im-prudentemente su cabeza por encima del grupo de hombres que rodeaban la sima.

—Tal vez —replicó Zakarian, íntimamente perturbado—. Pero ahora todos nosotros abandonaremos este tenebroso lugar y volveremos a la cálida superficie de la tierra. A menos que usted. Hall, tenga algo que oponer…

Josephine Hall se alzó bruscamente y elevó el mentón con soberbia. Sin embargo, no se atrevió a pronunciar una sola palabra durante el viaje de vuelta.

CAPITULO V

A la una de la madrugada, Larry Zakarian aún permanecía despierto sobre la cama. Su bungalow era independiente del resto de las instalaciones y estaba situado a cierta distancia de los pabellones prefabricados del personal.

Desnudo de la cintura para arriba, Larry estudiaba sus planos, mientras fumaba un cigarrillo. En la mesilla había un vaso alto lleno de un líquido verdoso sobre el que flotaban cubitos de hielo. El aire acondicionado zumbaba quedamente. Por lo demás, el silencio era absoluto: Zakarian había dado orden de que se suspendieran todos los trabajos, por el momento, hasta la mañana siguiente.

Al fin, apagó el cigarrillo, bebió el último sorbo del aromático julepe y se dispuso a dormir hasta la mañana siguiente.

Y justo en ese momento, alguien golpeó en la puerta de su bungalow.

De mala gana, Zakarian se incorporó y fue abrir. Su sorpresa fue mayúscula al contemplar a Josephine Hall, plantada ante la puerta con la misma indumentaria que había empleado para descender a las profundidades de la tierra.

Ella parpadeó al recibir en sus ojos la luz que provenía del interior.

—¿Me deja pasar, Larry? Quiero hablar con usted.

El hombre se quedó de una pieza.

—¿Hablar..., usted y yo? Es la primera vez que me pide algo semejante.

Tenía los ojos más hermosos que Zakarian contemplara jamás, sobre todo en aquella noche clara de verano. Sólo que... Larry nunca se había detenido jamás a mirarlos con atención.

—Por favor —insistió ella—. Es muy importante para mí.

—Pero es... algo irregular. Yo soy su jefe y un hombre soltero con cierta reputación de playboy, según usted misma dijo en cierta ocasión. Usted, por su parte, es una mujer joven, soltera y... recatada. ¿No teme que...?

—No se burle de mí. Ya sé que soy excesivamente huraña, poco comunicativa y un tanto asocial. En cuanto a lo que dije de usted en aquella ocasión, Larry... Le pido disculpas. Me... me temo que me precipité en mis juicios —dijo ella, un poco nerviosa, pero absolutamente decidida a tratar el asunto que la traía al bungalow del ingeniero.

Zakarian se rindió ante las amables palabras de Josephine.

—Está bien, pase.

Cerró la puerta cuando ella entró y la invitó a pasar al saloncito. Los ojos azules de Josephine recorrieron críticamente el desorden que reinaba por doquier: varias botellas vacías bajo una mesa, montones de textos técnicos y carpetas de documentos apilados de cualquier manera, unas zapatillas en el diván, ceniceros atestados de cigarrillos a medio fumar...

Las miradas de ambos se encontraron y ella bajó la suya, desconcertada.

—¿Quiere beber algo? —preguntó él—. La noche es calurosa.

—Muy bien. Deme un refresco.

—No tengo refrescos aquí. Pero sí hay cerveza en cantidad suficiente.

—Bien, una cerveza, en ese caso —aceptó ella.

Cuando Larry volvió con dos botellas, olfateó el olor a sudor que emanaba del cuerpo de Josephine. No obstante, no le disgustó aquel aroma porque era olor a mujer limpia. Puso la botella en su mano, tiró a un rincón las zapatillas y le señaló un lugar en el pequeño diván.

—¿Y bien...?

Ella alzó los ojos, pero evitó mirar el torso desnudo y bronceado del hombre.

—Escuche, Larry: he llegado a la conclusión de que es estúpido que peleemos continuamente.

Zakarian sonrió. Era muy atractivo cuando mostraba los fuertes y cuidados dientes en una sonrisa amplia. Él lo sabía.

—Una conclusión muy respetable e... inteligente. Siga, Jossy.

—¡No me llame Jossy! —clamó ella, pero su expresión se suavizó en el acto—. Está bien, puede llamarse como quiera. Bien... He venido aquí para decirle que no pienso interferir en sus intereses. Comprendo que a usted, como director de este proyecto, le interesa que los trabajos concluyan a satisfacción de todos.

—Admirable. ¿Es posible que...?

—No interferiré... a condición de que desvíe ligeramente el trazado del canal, de forma que me permita seguir explorando la red de cavernas y pasadizos.

Zakarian se alzó violentamente del diván.

—¡Me lo imaginaba! —barbotó, exasperado—. Una pro-posición tan generosa debía tener una contrapartida, viniendo de su parte,

—¿Acepta negociar?

—¡No! El canal discurre en línea recta a lo largo de diez kilómetros. No voy a alterar su trazado para darle gusto a una mujer caprichosa y extravagante —dio la vuelta para enfrentar a Josephine —. Porque usted sólo pretende satisfacer su ego, escribir un libro de impacto, triunfar...

—Vamos, Larry, usted no es la persona más adecuada para vituperarme. Sólo ansia ganar dinero y ser famoso. No le importaría pisar a los demás, si sus planes salen adelante, ¿verdad? —le lanzó ella, desafiante.

Zakarian no contestó en seguida. Bebió media botella de cerveza de un largo trago y se dejó caer sobre el diván.

—¿Por qué me odia usted, Josephine Hall? Cuando nos vimos por primera vez, yo estaba dispuesto a que ambos colaborásemos estrechamente, incluso a ser su amigo. Pero en seguida advertí que eso sería imposible. Usted demostraba una clara animosidad. Diga la verdad, Josephine, ¿qué tiene contra mí? —pronunció, vigilándola, acosándola con la mirada.

Hall se retorcía las manos, muy nerviosa. Al fin, respondió:

—Tenía que odiarlo, necesariamente, Larry. Usted es la causa de que mi padre perdiese la oportunidad de su vida. El fracaso lo hundió definitivamente. Se dejó morir, ¿entiende? Tuve que ingresarlo en una clínica. No comía, no atendía las indicaciones de los médicos. Quería morir porque había fracasado. Y usted fue la causa.

Los ojos de Zakarian reflejaron incredulidad primero, asombro después.

—¡Ahora lo comprendo! Su padre era Richard Hall, uno de los ingenieros que concursaron al proyecto del Canal Fort Summers —susurró, reflexivo—. Sí, Richard Hall fue eliminado en la última prueba. Era un hombre de cabellos canosos, facciones demacradas y ojos mortecinos...

—Era mi padre —pronunció ella, con calor—. Era un ingeniero modesto que jamás realizó grandes obras, aunque poseía suficiente capacidad para ser famoso. Cuando le llegaron las primeras noticias acerca del proyecto del Canal, se sintió revivir. Durante largos meses se preparó exhaustivamente. Estudió de nuevo la carrera, podría asegurarse. Apenas descansaba unas horas al día, consultaba lo más avanzado en ingeniería, se puso al día en las técnicas más recientes, necesitaba el puesto. El nunca dirigió ninguna obra relevante y necesitaba este trabajo para poder morirse tranquilo. Pero había jóvenes más ambiciosos y saludables, que le dejaron al margen del proyecto...

—Lo siento —dijo Zakarian, sinceramente condolido—. Yo...

—Mi padre no poseyó nunca una salud de hierro. Por el contrario: padecía el Mal de Pott y de cuando en cuando tenía que ser internado. Por eso no pudo concursar para obtener la dirección de proyectos interesantes. Y esa vez, sí, estuvo muy cerca de conseguirlo, pero...

Calló, abrumada. Larry respetó su silencio. Acababa de encender un cigarrillo y fumaba, un tanto nervioso.

—Yo fui su única hija. Mamá murió cuando yo apenas tenía catorce años. Decidí entregarme por entero a cuidar a mi padre, siempre delicado de salud. Por el contrario, yo poseía, y poseo, una salud de hierro. Me hubiera gustado darle un poco de lo que a mí me sobraba, pero eso era imposible. Mi padre se preparó magníficamente. Yo le animaba día a día y él iba recobrando seguridad en sí mismo. Me dijo un día: «Conseguiría el empleo, si no fuera por esos jóvenes, Larry Zakarian y Lucas McCandless. Tengo entendido que las pruebas de resistencia física serán rigurosas, dada la dureza del clima de Nuevo México. Temo no poder superarlas.»

Y así fue: el perdió, porque usted, Larry, es joven y saludable...

La cerveza de miss Hall estaba, intacta, sobre la mesa. Larry dejó la suya, vacía, en el otro extremo.

—¿Murió? —preguntó con voz cálida.

—Sí, se dejó morir. No había conseguido lo que más deseaba. Ni siquiera mis ruegos y mis lágrimas consiguieron hacerlo reaccionar.

Calló. Todo estaba en silencio. Apenas les llegaba el rumor monocorde del aire acondicionado.

El hombre encendió otro cigarrillo. Ella dijo:

—¿Me da uno?

Y Zakarian se lo puso en los labios y se lo encendió.

—Josephine, yo... Si hubiera sabido que para Richard Hall era cuestión de vida o muerte, habría renunciado al cargo de director de este proyecto. Yo... Bueno, soy joven, dispongo de bastantes oportunidades. ¿No me cree?

Ella no respondió. Aspiraba profundamente el humo del cigarrillo y lo expelía en un largo cono azulado.

—Sin embargo, no soy culpable. ¿Podría hacerme alguien responsable por mi salud y mi resistencia física? —planteó el hombre.

Al fin, ella dijo:

—No soy tan estúpida como para mantener tal acusación. Mi padre perdió, no por su culpa, pero sí por su causa, ¿comprende?

Zakarian asintió.

—Bebe la cerveza, Josephine. Te hará bien, hace calor —dijo, tuteándola por vez primera—. Y hablemos.

Ella tomó la botella y bebió.

—Te preocupaste mucho por mí, ¿verdad? —dijo de improviso.

—¿Cómo? —preguntó Larry, desconcertado.

—Allá abajo, en aquella caverna del lago. ¿Sabes lo que hice? Te sometí a prueba. Me alejé de vosotros para observar tu reacción. Y oí luego tus llamadas, tus gritos... Te vi buscar entre las estalactitas, angustiado y nervioso. Sé que te hubiera gustado ahogarme, cuando me descubriste en el fondo de la caverna. Pero supiste controlarte...

—Así que... estuviste fingiendo todo el rato —murmuró Zakarian,

exasperado.

—Sí. No soy tan despistada ni tan atolondrada como supones. Ni tú eres tan indiferente e insensible como simulas. ¿Te ríes? Bien, vine aquí para negociar contigo. ¿Estás dispuesto a desviar el canal diez grados al oeste? Para mí es muy importante. El hallazgo de esa cueva supondría una parte importante de mi libro. Ya que mi padre no consiguió ser famoso, tal vez algún día le recuerden por el nombre de su hija. Tú puedes conseguir lo que deseas con la realización del Canal Fort Summers. Yo… tal vez consiga la celebridad a través de esas grutas. ¿Qué respondes?

Tras una reflexión, Larry alzó la mirada y sonrió.

—Eres endiabladamente inteligente —dijo—. Me gustaría complacerte, pero no soy un tipo que dé su brazo a torcer fácilmente. Por otra parte, ese desvío puede suponer un gasto considerable para la compañía. Tal vez… medio millón de dólares de gastos extras.

—Papá ahorró algún dinero. Si es preciso, si hay que respetar tus sagrados presupuestos, yo pondría el dinero de mi bolsillo —dijo Josephine.

Larry la miró con profunda admiración.

—¿Todo eso eres capaz de hacer en memoria de tu padre? —exclamó—. Pues bien, conserva el dinero para momentos peores. Dispondré las cosas de forma que la McAdams International corra con esos gastos extraordinarios.

—¿Quieres decir que… aceptas?

—Sí. Y ahora vete… Yo aún trabajaré un rato. Tengo que alterar los planos para hacer realidad tu loco capricho.

Ella se puso lentamente en pie. De forma instintiva, sus manos se tendieron hacia el hombre, pero al fin cayeron a lo largo de las caderas.

—Muy bien, Larry. Por mi parte, nada diré por el momento. Quizá más tarde cuando las obras progresen hacia el sur. Algún día esa gruta tendrá un nombre: «Caverna de Richard Hall» —pronunció ella con unción. Y se despidió.

«O, tal vez, "Demon Hall"[2]», pensó Zakarian, cuando volvió a estar a solas.

CAPITULO VI

Tal como Josephine Hall había exigido, las máquinas alteraron en diez grados al oeste el curso de la excavación, a la mañana siguiente.

Zakarian sacó fotocopias de los planos, se entrevistó con su ayudante, el ingeniero Bob Willow, le dio algunas instrucciones respecto al cambio de sentido y fue a reunirse con el jefe de encofrados, un robusto pelirrojo llamado Fisher.

—¿Qué vamos a hacer aquí, jefe? —exclamó Fisher, señalando el ancho boquete de acceso a la caverna—. Ese agujero es peligroso: si las máquinas se acercan demasiado, podrían precipitarse al vacío. También supone un riesgo seguro para los trabajadores...

—Cierto —asintió el ingeniero—. Mire este boceto, Glen. Vamos a forrar el agujero con hormigón armado, aunque previamente, como medida de seguridad, colocaremos unas vigas «doble T».

—¿Va a clausurar la gruta? ¡Dicen que es algo maravilloso! —respondió Fisher, defraudado.

Zakarian soltó una corta carcajada.

—¡Pero, bueno! Ni que esto fuera la cueva de Ali-Babà, repleta de tesoros —se burló—. Tranquilízate, Glen: no pienso tapiar la boca. Sencillamente, construiremos un marco elevado y lo taparemos eventualmente con un portón metálico. De esa forma, evitaremos que se produzcan accidentes.

Fisher dejó escapar un suspiro.

—Eso ya es otra cosa —pronunció, satisfecho. Estudió los bocetos que el ingeniero le mostraba y asintió a sus explicaciones—. Perfectamente. Nos pondremos manos a la obra en seguida. Déjelo en mis manos.

Zakarian se despidió de Fisher y su equipo, ascendió por la escala, subió a su jeep y se alejó hacia el campamento-base.

Media hora más tarde, Josephine Hall llamó a la puerta del despacho de la doctora Davenport y entró.

Su rostro carnoso se frunció al sorprender Larry Zakarian y a la atractiva rubia en actitud íntima. Estaban sentados frente a frente y Barbra abrazaba prietamente al hombre por la cintura.

—Oh, lo siento, perdonen —murmuró atropelladamente. Y salió, tropezando con la maceta que decoraba el vestíbulo de la sala de curas.

No volvió a ver a Zakarian hasta las tres de la tarde. Bajo el tórrido sol, ella se dirigía a su bungalow para continuar escribiendo, cuando Larry, que se hallaba en su puesto de observación de la enramada, la llamó.

—¡Josephine...!

Ella vaciló, parpadeando bajo el fuerte sol de la canícula.

—¿Quiere venir un momento?

Josephine volvió sobre sus pasos y ascendió la pendiente que llevaba al promontorio. Vestía unos shorts blancos y ajustados y una camisa azul de seda. Los estrechos pantaloncitos ponían de relieve sus redondas caderas y sus bronceados muslos. Zakarian tragó saliva, cuando ella se aproximó.

—¿Qué desea, señor Zakarian?

La risa del hombre la obligó a parpadear nerviosamente.

—Pero, Josephine, anoche nos tuteamos. ¿Por qué ahora el ceremonioso «señor Zakarian»? —preguntó Larry, jugueteando con los prismáticos de largo alcance que tenía sobre la rústica mesa.

—No creo que haya motivos para tratarnos con confianza —dijo ella, desviando la mirada.

Larry sonreía, observándola.

«Una hermosísima y sólida yegua —pensó—. Lástima que sea tan arisca.»

—Está bien, sólo quería darte alguna información respecto a la gruta. He ordenado que realicen ciertas obras. Estos son los bocetos —extendió los planos sobre la mesa y los sujetó con unas piedrecitas.

Ella se inclinó y sus senos asomaron, desbordantes, por la parte superior de su blusa azul. Zakarian volvió a tragar saliva, muy excitado.

Por desgracia, la encantadora visión sólo duró unos segundos, pues miss Hall advirtió la mirada intensa del hombre y se retiró, con los documentos en la mano.

—Me parece bien —dijo, tras examinarlos minuciosamente—. Yo también quería enseñarte algo esta mañana, pero...

—¿Fue cuando saliste tan precipitadamente del despacho de Barbra?

Las mejillas de miss Hall se cubrieron de un vivo rubor.

—Juro que no pretendía sorprender una escena íntima —se excusó, avergonzada—. Me dijeron que estabas en la enfermería y... Pero luego...

Zakarian volvió a reír de buena gana.

—¿Una escena íntima? —comentó, chispeantes los ojos—. ¡Barbra sólo estaba colocándome un vendaje elástico en la cintura! Me produje unos arañazos en la espalda, ayer. Fue cuando resbalé en la «Antesala del Infierno» y estuve a punto de caer a un pozo, ¿recuerdas?

El rubor huyó de las mejillas de la joven.

—Así que no era... ¡Dios mío, pensé que estabais en los prolegómenos de una batalla amorosa! —exclamó, agitado el pecho

—. Compréndelo, la situación era confusa, inducía a error. Yo...

—No tienes que disculparte. Cualquiera se hubiera equivocado... Cualquiera que no conozca a la magnífica Barbra Davenport. ¿No sabes que ella está enamorada de un estudiante de Medicina, que dentro de unas semanas contraerán matrimonio?

—No, ciertamente yo no sabía... ¡Oh, Dios mío, Larry! He debido darte la imagen de una gata celosa...

—¿Y no lo estabas? ¡Dilo sinceramente! —la acosó Zakarian.

De nuevo volvió el color, grana intenso ahora, al rostro exótico de Josephine Hall.

—¡Oh, Larry, eres... odioso! —gritó. Y se alejó vertiginosamente sendero abajo, cruzó a la carrera la explanada y desapareció en su bungalow, cuya puerta cerró de un tremendo portazo que conmovió las planchas de duraluminio.

Zakarian rió sordamente y encendió un cigarro mexicano.

Fumó placenteramente, tomó los prismáticos y siguió durante unos minutos los movimientos de las máquinas y camiones, cuatro kilómetros más allá.

Poco después Manuel llegó con una cerveza helada, que sirvió en la copa preferida de Larry.

—Fuma, Manuel —lo invitó el ingeniero—. Y descansa un rato. Entretanto, te haré unas preguntas.

—¿Qué quiere saber, jefe? ¿Algo relacionado con miss Hall? —las facciones latinas de Manuel se distendían en una sonrisa picara.

—¿Por ejemplo?

—En un par de ocasiones la Diosa de Hielo llamó al bar pidiendo un refresco...

—¿La Diosa de Hielo? ¡Tiene gracia! ¡Ja, ja, ja! —rió Zakarian de buena gana—. ¿Quién le puso tal apodo a miss Hall?

—Nadie lo sabe. Pero ¿verdad que se lo merece? Tan fría, tan hermética, tan distanciante... Lástima, porque es una mujer de bandera, ¿no le parece, señor?

—Ya lo creo. Físicamente, miss Hall es muy atractiva. En cuanto a la Diosa de Hielo... Es un poco irrespetuoso, pero, bueno, tengo entendido que su madre era nórdica, conque... Pero bueno, Manuel, tú estabas diciendo algo acerca de unos refrescos...

—Sí, jefe —el camarero lanzó una bocanada de humo, que la brisa deshizo inmediatamente—. Fui a llevarle refrescos en un par de ocasiones. Ella estaba tecleando en la habitación cuya ventana cubre siempre con la persiana graduable. Pero la puerta de su dormitorio estaba entreabierta. Y en su mesilla de noche, ¿puede imaginar lo que vi?

—Me tienes sobre ascuas. ¡Dilo de una puñetera vez, Manuel! —lo animó el ingeniero.

—Una foto de usted, en un marco de plata. Debía ser una fotografía recortada de una revista... Así que usted mismo puede extraer las conclusiones que le parezcan —respondió Manuel, enigmático.

Zakarian se quedó de una pieza. E inmediatamente experimentó un sentimiento de pudor.

—Tal vez te confundiste, Manuel —observó.

—¿Confundirme yo? ¡Le juro que es la puritita verdad, jefe! ¿Quiere que robe el portafotos la próxima vez que miss Hall me pida un refresco?

—Si haces tal cosa, te arrojaré de este campamento, Manuel —dijo Zakarian, simulando severidad—, Y prométeme una cosa: no hablarás de esto con nadie.

—Está bien, jefe. No diré una palabra. Pero ya sabe a qué atenerse...

Zakarian bebió la cerveza, pensativo.

—Oye, Manuel —dijo al rato—. Tú naciste en estas tierras. ¿Sabes si existen grutas en estos parajes? Cuevas, cavernas, ya sabes.

El camarero arrugó la nariz y caviló arduamente.

—¿Cuevas? No. Hasta los dieciséis años apacenté las cabras de mi padre en los riscos y colinas que se ven hacia el este. Esto estaba siempre desierto. Desde que llevaron a cabo las experiencias atómicas en Alamogordo, la gente tenía mucho miedo, aunque los militares juraban que no existía rastro de radioactividad. De todas formas, nadie se atrevía a rondar estas soledades, jefe.

—Ya. Ve y tráeme una cerveza —dijo Zakarian.

Recordó las incidencias que tuvieron lugar, la tarde anterior, durante la exploración de la gruta. Las huellas de enormes pies descalzos sobre la arena húmeda, el caudal rumoroso de agua en la «Antesala del Infierno», el cadáver descompuesto de aquel individuo en el fondo de un pozo de cuarenta metros de profundidad...

A su mente, acudían multitud de preguntas que Larry no podía responderse.

—La corriente de agua debe tener una salida, pero ¿dónde está? —se planteó.

Tal vez se decidiese a recorrer aquellos parajes, a la busca de un manantial caudaloso. En los mapas que tenía, no había reseña alguna al respecto, pero ¿quién sabe?

A lo largo de su experiencia profesional, Larry había trabajado en la prospección de aguas subálveas en comarcas áridas. Sabía que, a veces, las filtraciones de ríos o torrentes de montañas recorren centenares de kilómetros bajo la superficie de la tierra, yendo a desaguar a gran distancia en los lugares más inverosímiles. En Logan Reef, por ejemplo, un escarpado de la costa californiana, había

contemplado con estupor un potente caño de agua de dos metros de diámetro que se precipitaba al mar desde unos doscientos metros de altura. ¿De dónde provenía aquel caudal de agua, frío como el hielo? Nadie pudo averiguarlo jamás, pues el chorro nunca cesaba de brotar y resultaba imposible remontar el túnel de desagüe excavado en la roca por las aguas.

Manuel llegó con la cerveza y se marchó. La tarde transcurría lentamente, mientras la actividad continuaba sin tregua en el tajo. A un kilómetro de distancia, una gigantesca grúa colocaba piezas ensamblables de hormigón sobre el cauce del canal, mientras la moledora de rocas y el horno-factoría de cemento funcionaban a tope. Más allá, las excavadoras atacaban las arenas secas del desierto y una gran apisonadora rodaba despacio por el fondo de la excavación...

De pronto, Zakarian advirtió que la máquina de miss Hall había dejado de teclear. La puerta de su bungalow se abrió en aquel momento y Josephine salió. Moviendo las caderas de forma electrizante, ascendió hasta el promontorio donde se encontraba el director de las obras.

—Larry, lo siento. Creo que antes me comporté como una chiquilla. Quería mostrarte estas fotos, que he revelado esta misma mañana. Son las que tomé ayer en la caverna. ¿Quieres verlas? —dijo.

Dejó en la mesa el fajo de brillantes cartulinas. Larry comenzó a examinarlas, bajo la mirada expectante y atenta de Josephine.

—Muy buenas. Espléndidas fotos desde luego —apreció Zakarian, contemplando los insólitos parajes subterráneos, en colores.

—¿No adviertes nada anormal? —inquirió ella, decepcionada—. Mira esta panorámica de lo que tú llamas «Antesala del Infierno».

Zakarian examinó con rigor la ampliación de una instantánea de la espaciosa gruta del lago. Las aguas tenían el color de la tinta china y las estalactitas destellaban misteriosamente, con fondos marrón oscuro, impenetrables.

—¿No ves nada?

—¿Qué tengo que ver?

Josephine marcó con un trazo de rotulador un óvalo en la cartulina brillante.

—¿Dos manchitas más claras? ¿Qué son? —preguntó hombre, desconcertado.

Miss Hall puso en su mano una gran lupa de filatélico.

—Ahora lo verás mejor.

Josephine tomó su mano y, situada tras el hombre, graduó la lente.

—Parecen... ¡parecen dos siluetas humanas..., desnudas —exclamó, estupefacto.

—¡Siiiií! —asintió miss Hall—. Fíjate bien: caminan en actitud

huidiza, como si huyeran, hacia el fondo de ese sector erizado de riscos y crestas. ¡Y son enormes, verdadero titanes!

Zakarian giró la cabeza y miró a la Diosa de Hielo.

—¿No es una broma, un montaje fotográfico? — murmuró, suspicaz.

Josephine le dirigió una mirada de hielo.

—¿Soy yo persona capaz de engañar con trucos? —protestó, retraída—. Mira las siluetas de Budd Crookston, de Virgili, la tuya misma. ¿Crees que podría realizarse un montaje semejante?

—Perdona, esto es tan insólito que... Pero, no, ya veo que la fotografía es auténtica —se disculpó Zakarian, perturbado—, ¿Quiénes son esos seres?

—La imagen es borrosa, pues el objetivo estaba centrado en vuestro grupo, y esos dos extraños personajes casi se salen de la foto, en una zona de penumbra. Pero son dos seres humanos, dos criaturas reales, eso es evidente.

—Si —Larry examinaba aquellas siluetas con profunda atención—. Tienen largos cabellos canosos y su piel es descolorida. Pero ¿por qué están desnudos?

Josephine se encogió de hombros.

—Sé tanto como tú, pero el asunto es apasionante, ¿no?

—Sí, apasionante. El laberinto de pasajes y estancias bajo tierra debe tener otros accesos. Probablemente, una pandilla de esos exaltados individuos que recorren el desierto, ha buscado refugio en las cavernas, decididos a entregarse a toda suerte de excesos y licencias. Eso lo explicaría todo.

—Lo dudo. No me parecen hippies ni punks. Y en cuanto a su estatura...

—¿Qué?

Josephine puso una mano sobre el hombro de Zakarian. El contacto era ardiente, pero muy agradable, enervador.

—Larry, esos dos seres que aparecen al otro lado del lago son altísimos. Tan altos como el hombre cuyo cadáver hallamos en el fondo del pozo. Aquel individuo debía medir tres metros. Yo no creo que sean seres humanos, tal como tú y yo lo entendemos.

—¿Qué son, entonces? —clamó Larry, disgustado e impaciente.

—No lo sé, pero tenemos que averiguarlo.

—Escucha, Josephine —Zakarian comenzaba a perder la paciencia —. He accedido a tus deseos de conservar el acceso de la gruta y he dispuesto que dejen un portón lo suficientemente ancho, pero no permitiré que nadie descienda a las profundidades. Cuando el canal haya avanzado diez o quince kilómetros hacia el sur y yo haya solucionado mis problemas, entonces podrás hacer lo que se te antoje. Por mí, puedes dedicar todo tu tiempo a vagar por los pasadizos y a

perseguir los fantasmas de esos cíclopes albinos. Si te despiden de la empresa allá tú, pero a partir de ahora prohíbo terminantemente que cualquier persona baje a las cuevas.

Miss Hall se retiró unos pasos y le dirigió una mirada llameante de sus bellos ojos azules. Después se acercó, tomó de sendos manotazos sus fotos y su lupa y dijo:

—¿Es tu última palabra?

—Sí —respondió el ingeniero, mirando de reojo a Manuel, que les observaba desde la explanada del campamento.

—En tal caso, vuelven a estar rotas las hostilidades, señor Zakarian. Y le aseguro que se arrepentirá —exclamó ella ardientemente.

Cuando descendía del promontorio, Larry gritó:

—¡Por mí puede irse a hacer puñetas, miss Hall!

CAPITULO VII

El radioavisador de Larry Zakarian comenzó a zumbar cuando el ingeniero se hallaba bajo la ducha.

Desnudo y chorreante, abandonó el angosto aseo y tomó el aparato de encima de la mesa de la cocina.

—Zakarian al habla. ¿Eres tú, Bob?

—Bob, en efecto —resonó la voz del ayudante Willow—. Quiero que sepas que Josephine Hall se dispone a descender a la sima.

—¿Cómo? —bramó Zakarian—. Es la una de la madrugada y me importunas con estas bromas, Bob. ¡No tienes perdón de...!

—No bromeo, Larry. Josephine está aquí, ataviada con un traje de espeleólogo. Lleva una cámara de cine, una antorcha eléctrica, una mochila, un...

—¡Ja! No podrá entrar. El portón que colocaron Glen Fisher y sus hombres tiene un sólido cerrojo y un candado de seguridad.

—Sí, pero Josephine tiene una llave del candado. Lo ha abierto y se dispone a descender, colgada de un cable. Los obreros han parado las máquinas y sus focos iluminan el acceso. Todos contemplan admirados a miss Hall. ¡Esto parece una première de Hollywood, Larry!

—¡Detenla, detenla! —chilló Zakarian—. Bajo mi responsabilidad ordeno que la detengas, aunque sea por la fuerza.

—Ya es tarde. Josephine está bajando, colgada de un cable.

Una sarta de palabrotas brotó de los labios del ingeniero jefe.

—Y te advierto, Larry —le previno Bob Willow—, que miss Hall ha conectado la radio que cuelga de su cuello.

—Estoy oyéndolo, señor Zakarian —vibró la voz tremante de Josephine—, Y ya puede imaginarse la opinión que me merece. Un erizo bañado en excrementos seria una compañía más apetecible que la suya, señor director.

—¡Maldita sea, maldita sea! —Zakarian golpeaba a puñetazos la mesa de la cocina y echaba a perder la salsa de chiles que Manuel le había servido junto con otros manjares—. Escucha, Bob: ¿lleva esa idiota una balsa hinchable?

—No he visto ninguna balsa hinchable —respondió el ingeniero ayudante—. ¿Por qué?

—¡Por... leches! —bramó Zakarian. Y cortó el contacto.

Diez minutos después, el ingeniero descendía de su jeep al pie del tajo. Todas las máquinas se habían parado y sus faros iluminaban con potencia el rectángulo oscuro del acceso a la cima.

Zakarian comenzó a distribuir instrucciones, excitado hasta el

paroxismo.

—¡Todos atentos! ¡Virgili, reúna a sus mejores hombres y equípelos adecuadamente! ¡Willow, pendiente de la radio! ¡Señor Mulligan, envíe víveres y un botiquín abajo! ¡Creston: forme un equipo de emergencia y permanezca a la escucha...! ¡Carston...!

Bob Willow descendió de su puesto de observación en lo alto de una grúa y se reunió con Zakarian.

—Pero ¿qué te ocurre? ¡Estás demacrado, tembloroso; fuera de ti! —exclamó. Y le palmeó la sólida espalda—: Cálmate, Larry. Ella sabe cuidarse...

—¡Al diablo con todo! Llevo tres días sin pegar ojo y ahora esa loca con pantalones...

—¡Ojo con lo que dice, señor Zakarian! —resonó la voz de miss Hall en la radio de Willow—, No olvide que le estoy oyendo.

—¡Al diablo, al diablo, al diablo! —bramó el ingeniero, al tiempo que arrastraba un bote neumático al borde del portón.

Se calmó un tanto, jadeó y cerró la radio que colgaba del cuello de su ingeniero ayudante.

—Escucha, Bob: mañana tendremos que instalar un montacargas en ese agujero. Esa maldita panocha con pantalones no cejará hasta que se haya pateado todos los vericuetos subterráneos. Por tanto, lo mejor es hacer confortable el descenso. Un montacargas con bastidores sujetos a la roca, ¿eh!

—Descuida, descuida. Hablaré con Luke McRae a primera hora de la mañana y su equipo instalará el montacargas en pocas horas. Oye, ¿es que tú también vas a bajar? —consultó Willow, con envidia manifiesta.

—¡Qué remedio! —se lamentó su jefe—. No voy a permitir que esa loca cometa un desaguisado. ¡Y pensar que llevo tres noches sin dormir...!

Minutos después, Zakarian se ponía al frente del equipo de Virgili y quince hombres descendían a la sima. Los electricistas habían dejado instalado el tendido eléctrico, por lo que media docena de focos iluminaban la «Catedral», nombre con el que figuraba la gruta de acceso en los planos de miss Hall.

La grúa les hizo llegar una plataforma con la impedimenta, compuesta por cuerdas, equipos de espeleólogo, víveres, agua, varios carretes de cable eléctrico y medio centenar de lámparas eléctricas de gran potencia. También venía el bote auto-inflable de Larry Zakarian.

—¿Para qué necesitamos ese bote, jefe? —preguntó Virgili.

Zakarian tardó en responder. Seguía con la mirada las huellas de las botas de Josephine, que se dirigían en derechura al mayor de los cuatro túneles situados al otro extremo de la caverna.

—¡Esa fanática temeraria! —barbotó el ingeniero—. No se ha

detenido a esperarnos… ¿Es que imagina que voy a convertirme en su niñera?

—Pero el bote, jefe…

—Ya lo verás después, Mike. Ahora, cargar con las mochilas y el resto del material y corramos en pos de esa atolondrada criatura antes… antes de que ocurra una tragedia.

Avanzaron apresuradamente por el túnel, cruzaron el «colector» y siguieron caminando, siempre cuesta abajo, por la galería de la izquierda. Zakarian y los hombres de Virgili se alumbraban con linternas, mientras un equipo de tres electricistas iba instalando lámparas a lo largo de los pasajes en declive.

No era dificultoso seguir las huellas de Josephine, pues sus botas claveteadas dejaban marcas inconfundibles sobre la arena e incluso en las rocas.

Cuarenta minutos más tarde, los exploradores desembocaban en la «Antesala del Infierno». Una luz que brillaba entre las sólidas columnas pétreas les indicó la posición de la geóloga.

Avanzaron, pues, a través de las erizadas trochas y llegaron junto a ella. Josephine se hallaba al pie de un pozo y atisbaba con su linterna al fondo.

—¿Qué diablos…? —comenzó a barbotar Zakarian.

Josephine se volvió y señaló el podómetro[3] que llevaba ajustado en la pierna izquierda. El voluminoso equipo que llevaba encima le daba una apariencia informe.

—Cuatro mil seiscientos metros —dijo ella, con expresión amistosa.

—¿Queeeé? —chilló Zakarian.

—Es la distancia que separa este lugar de la «Catedral». Pero me pregunto cuántos centenares de kilómetros de galerías conforman este sistema subterráneo —añadió ella, reflexiva.

Zakarian expelió con fuerza el aire contenido en sus pulmones. Iba a decir algo, pero era tan hiriente que se calló, aunque el esfuerzo coloreó sus mejillas.

Josephine, con toda la tranquilidad del mundo, sacó una fotografía de su mochila y alumbró con su linterna. Los electricistas estaban colocando algunas lámparas sujetas a las estalagmitas. El efecto de la fuerte luz sobre el dantesco paisaje era impresionante.

Después de consultar la foto, miss Hall dijo, como si hablara consigo misma:

—Los cíclopes estaban allí —señaló con un brazo extendido la otra orilla del lago de aguas profundas y oscuras.

Al realizar tal movimiento, perdió el equilibrio, resbaló y estuvo a punto de precipitarse al pozo. Con excelentes reflejos, Zakarian la aferró de un brazo, tiró vigorosamente y la apartó del peligro.

—¡Qui-ta-te de ahí de u-na mal-di-ta vez! —chilló el ingeniero.

Ella le dirigió una mirada ingenua. Y señaló la boca del pozo.

—Por cierto, el cadáver del cíclope albino ha desaparecido —anunció.

Se oyeron comentarios excitados a su alrededor. Allí estaba Budd Crookston, que se tendió en el suelo, asomó la cabeza, mientras dos de sus compañeros le agarraban los tobillos, y exclamó:

—¡Es cierto! El pozo está vacío. Mejor: el hedor era, insoportable.

Hubo un momento de calma. Los hombres se apartaban del peligroso pozo y se agrupaban alrededor de Zakarian y miss Hall, que examinaban minuciosamente cada detalle de la caverna, comparándola con la fotografía que Josephine mantenía en su mano...

—Allí estaban —dijo ella—. ¿Echamos una ojeada. Larry?

—¿Qué hacemos, jefe? —le consultó Mike Virgili.

—Madame desea dar un pequeño paseo en bote, amigos míos —respondió el ingeniero, irónico—. Así, pues, no habrá más remedio que complacerla. Desempaquetad el bote.

Lo abrieron y el artilugio neumático se desplomó de un tirón y se hinchó por sí mismo. Inflado, parecía tan sólido y capaz como una lancha «Zodiac».

—Iremos en él miss Hall, Virgili, Crookston y yo, por el momento —decidió Zakarian—. Los demás se quedarán aquí, atentos a echarnos una mano, si la necesitásemos.

Crookston, tan alegre como un rapaz que participa por primera vez en una excursión arriesgada, descendió por la resbaladiza pendiente rocosa hasta el borde del lago.

No era un lago propiamente dicho, sino un gran estanque de unos ochenta metros de longitud y cuarenta de anchura. Sus bordes eran irregulares, escarpados y altos en algunos puntos; redondeados por la erosión y accesibles en otros.

Crookston empuñó un remo y saltó al bote, que se mecía en las negras aguas. Ofreció su mano a miss Hall y Virgili y Zakarian llegaron también. Crookston empuñó un remo, Virgili otro y el ingeniero llevaba en la mano un foco instalado al final de un cable eléctrico.

Las aguas producían rumores medrosos al golpetear los huecos de la roca y las ondas concéntricas se reflejaban en la bóveda rugosa en movimientos mareantes.

A medida que se alejaban de la orilla, el estanque les parecía más anchuroso y amenazador. Aunque apenas se percibían en la superficie, la corriente era rápida y les arrastraba hacia el angosto túnel del desagüe.

—¡Palead, palead con brío! —los miraba Zakarian, señalando un estrecho entrante en la otra orilla.

Delante, Crookston remaba con vigor y Virgili trataba de sujetar el bote. Al fin, la embarcación neumática enfiló correctamente hasta la pequeña ensenada que Zakarian iluminaba con su faro.

Debían hallarse a unos diez metros de la orilla, cuando alguien lanzó un grito que resonó dramáticamente bajo la bóveda de la gruta.

—¡¡Cuidado!! ¡Hay algo en el agua!

Josephine exhaló un gritito y los demás pasajeros escrutaron las negras aguas con aprensión.

Súbitamente, el bote se alzó en el aire y todos fueron des-pedidos hacia la orilla próxima. Crookston aterrizó de bruces sobre la dura roca y Zakarian cayó sobre él. Por fortuna para ellos, miss Hall y Virgili se abatieron sobre el bote, que atenuó el brusco golpe contra el suelo.

En medio del caos, se oyeron los reniegos de Budd Crookston.

—¿Estás herido, Budd, te has roto algún hueso? —se acercó a él Zakarian.

—¿Romperme un hueso? ¡No, pero, maldita sea, tengo el cuerpo molido! —farfulló, frotándose los antebrazos, llenos de restregones sanguinolentos.

Los exploradores que habían quedado en la otra orilla, contemplaban, alarmados las turbulencias que se producían en el lago. Sin embargo, en pocos segundos todo movimiento anormal cesó y las aguas siguieron discurriendo, con leves murmullos y gorgoteos, hacia el túnel de desagüe.

—¿Qué fue eso? —gritó Zakarian, poniéndose en pie, dolorido.

Uno de los electricistas respondió, desde el otro lado:

—No lo sabemos con certeza. A mí me pareció un enorme tiburón...

—¡Un tiburón en un lago subterráneo! —exclamó Zakarian—. ¡Absurdo!

Se agachó, retiró el bote y tomó el faro, que por milagro no se había destrozado al caer sobre las rocas. Con la luz firmemente empuñada, se acercó a la orilla con cautela y escrutó las aguas profundas.

Al ser atravesada por la fuerte luz, la masa líquida brillaba atractivamente con destellos azules. Sin embargo, el lago era profundo, de modo que resultaba imposible ver el fondo. El hecho de que las verticales orillas fueran de granito, tornaba la visión más dificultosa.

—No veo nada extraño —dijo el ingeniero—. Y de ninguna forma puedo creer que un animal, tiburón o mamífero pueda vivir en la oscuridad.

—¿Qué fue, entonces? —planteó Josephine, acariciándose con cautela los riñones.

—Debió ser un refluir de las aguas, una especie de torbellino. No tengo otra explicación —respondió Zakarian.

De todas formas, cambiaron entre sí miradas de incertidumbre. Desde la otra orilla, los restantes exploradores le contemplaban sin disimular su alarma.

—¿Qué hacemos nosotros? —preguntó Joe Curling, uno de los hombres de Virgili que habían quedado en la orilla opuesta.

—Atad un cable resistente al hilo eléctrico, de forma que lo hagamos llegar hasta aquí —indicó Zakarian—. En caso de emergencia, vosotros remolcaréis rápidamente el bote a través del lago.

Mientras se reponían del violento aterrizaje, Curling ató el cable y Larry haló de él, sujeto al hilo eléctrico. Luego lo ató con varias vueltas a una columna y se reunió con sus compañeros.

—A mí este lugar me repele —declaró mirando fijamente a Josephine Hall—, pero puesto que esta mujer no nos dejará tranquilos hasta haber recorrido este laberinto, será mejor que terminemos cuanto antes. ¿Hacia dónde vamos?

—Hacia arriba —respondió ella, señalando las misteriosas bocas que se divisaban más allá del bosque de estalagmitas

Algunos de aquellos conductos vomitaban un pequeño caudal de agua a la gruta. La mayoría eran angostos, por lo que resultaría muy dificultoso avanzar a través de ellos. Aparentemente, no existía ningún pasaje lo suficientemente ancho y elevado para permitir el paso de hombres caminando verticalmente, pero Josephine, que caminaba en avanzadilla silbando entre dientes, dio un grito de aviso:

—¡Aquí, aquí!

Corrieron hacia ella y vieron una hendidura disimulada tras las altas columnas que simulaban troncos de palmeras. Era una verdadera falla en el granito, de seis metros de altura por uno y medio de ancho.

—¡Adelante! —exclamó miss Hall, enardecida.

Pero Zakarian señaló las huellas de pies descalzos sobre la leve capa de arena húmeda.

—¡Mirad eso!

Hubo un movimiento de retroceso. Crookston golpeó con su espalda el pecho de Virgili. Los hombres se miraron entre sí, vacilantes.

—¿No será demasiado arriesgado aventurarnos por ahí? —murmuró el capataz, dirigiendo su mirada a lo alto. Las láminas de mica brillaban trémulamente a la luz del faro que portaba Zakarian. La grieta ascendía hacia lo profundo, perdiéndose en la oscuridad.

—¿Arriesgado, por qué? Yo no temo nada —exclamó miss Hall, arreboladas las mejillas por la excitación.

Larry se encogió de hombros.

—Ya habéis oído a la dama —se resignó—. ¡Ella no teme a nada!

Caminaron despacio por la senda arenosa. La pendiente era leve, pero el sendero ascendía perceptiblemente. Habrían avanzado unos cincuenta metros por la tortuosa hendidura cuando Zakarian se detuvo.

—El cable no da más de sí —dijo.

—No importa —les animó miss Hall—. Tenemos nuestras linternas —y siguió adelante, valerosa, mientras Larry dejaba el faro en una oquedad, de modo que les alumbrase el camino en lo posible.

Un soplo de aire golpeó el rostro de Larry Zakarian, que se detuvo en el acto.

—¿No lo habéis notado? —preguntó a sus acompañantes.

—¿Qué? —se volvió Josephine.

—Una bocanada de aire tibio me ha acariciado el rostro. ¿No lo habéis notado vosotros?

—Yo, no —dijo ella. Y Virgili y Crookston negaron con la cabeza.

—Sin embargo, yo he sentido ese soplo de aire —insistió Zakarian, irritado.

—Tal vez estemos cerca de una salida al aire libre —aventuró Budd.

—En tal caso, avancemos aprisa —exclamó miss Hall, que aprovechaba cualquier circunstancia para seguir adelante.

La estrecha senda constreñida entre las rocas ascendía continuamente, desviándose caprichosamente en uno u otro sentido. De cuando en cuando, Josephine encendía su antorcha eléctrica y filmaba varios minutos o bien disparaba su cámara eléctrica, provista de un interminable flash.

De repente, Josephine se detuvo. Tan bruscamente que Zakarian, que caminaba en pos de ella, estuvo a punto derribarla.

—¡Silencio, apagad las linternas! —siseó ella, apagando la suya.

—Pero ¿qué diablos…?

—¡Silencio! —repitió miss Hall, con la autoridad de una profesora dirigiéndose a sus díscolos alumnos—. ¡Fuera las luces! Acabo de percibir un rumor anormal.

Los tres hombres obedecieron y la oscuridad densa les envolvió, pues el faro que Zakarian había ajustado en una hendidura quedaba demasiado lejos para alumbrar el estrecho sinuoso pasaje.

Larry pudo escuchar perfectamente la respiración precipitada de Josephine Hall. En la oscuridad, ella le tomó una mano y se la oprimió levemente. A Larry la encantó el contacto de sus tibios dedos.

—¿No oyes, Larry?

Zakarian se concentró en escuchar, aunque le resultaba muy difícil mientras ella le acariciaba, trémula, la mano.

Luego, nítidamente, llegó aquel rumor desagradable. Er una

especie de cronch-cronch. El mismo rumor que produce las hienas al pulverizar los huesos entre sus fuertes mandíbulas.

CAPITULO VIII

—Deben estar muy cerca —susurró Josephine al oído de Zakarian.

—¿Quiénes?

—Los cíclopes —respondió ella, con voz silente.

Larry ahogó un comentario rotundo en su garganta. Sin embargo, aquellos crujidos espeluznantes seguían resonando con toda claridad en alguna parte.

Josephine se movió. De pronto, Larry tuvo la seguridad de que ella se había separado del grupo. Palpó a su alrededor y sólo halló la fría y sólida roca.

—¡Josephine! —llamó, alarmado.

—¡Chisss! —siseó ella, lejos—. ¡Nada de luces!

—Vamos detrás de ella —dijo Larry a sus compañeros—. Esta mujer está decididamente mal de la cabeza. No volveré a fiarme de ella.

Avanzaron palpando la pared. En la oscuridad total, la sensación que experimentaba Zakarian era de desvalimiento y angustia profunda. De todas formas, no temía tanto por sí mismo, como por la estúpida mujer que se aventuraba a ciegas entre las tinieblas.

Tropezó con ella de improviso. Ya iba a barbotar toda una serie de palabrotas y reproches cuando ella le acalló tomándole de la mano.

—Están ahí muy cerca, Larry. Ahora también yo puedo percibir una suave corriente de aire. Debemos estar al final de este pasaje. ¡Vamos a encender las linternas!

Encendió la suya y avanzó impetuosamente. A punto estuvo de despeñarse al vacío, pues la senda terminaba bruscamente sobre un espacio inconmensurable y horrido.

Larry la aferró en último momento por las trinchas y la sujetó contra su pecho.

—¡Eres una loca, eres...!

Calló bruscamente.

Las linternas de Crookston y Virgili iluminaban una cavidad anchurosa, en forma de anfiteatro natural. Allá abajo al final de las cornisas escalonadas, unas siluetas más claras que las rocas galopaban frenéticamente, saltando de roca en roca. En un santiamén, aquellos raros individuos de cabellos plateados y cuerpos desnudos desaparecieron en la oscuridad.

—¡Los cíclopes, los cíclopes...! —gritaba, absorta, la atolondrada Josephine Hall.

—¡Calla! —Zakarian le amordazó la boca con una mano temiendo que sufriera un ataque de histeria. Pero ella se desasió de un tirón.

A la luz de las linternas, contemplaron con ojos desorbitados la inmensa cripta. La caverna tenía forma alargada, su final más alejado se perdía en las sombras. Numerosas bocas misteriosas se abrían a diferentes niveles. El paisaje era abrupto e irregular, con taludes escalonados que descendían hacia el fondo, sesenta metros más abajo. En algunas zonas, la roca granítica se veía cruzada por angostas y largas grietas que se perdían en la bóveda.

—Es un paisaje de aquelarre… —murmuró Larry.

—Sí —asintió Virgili, atónito—. Si la cueva del lago es la «Antesala del Infierno», esto debe ser el seno de Satanás.

Sin previo aviso, Josephine descendió por el sendero de izquierda. Sus botas de suelas claveteadas producían un rumor áspero al agarrarse a las rocas.

Viendo que ella se alejaba, los tres hombres la siguieron.

Al fin, miss Hall se detuvo, jadeante, el borde de una hondonada. Alumbraba el fondo con su linterna y contemplaba, absorta, algo que los hombres no podían ver.

Larry avanzó hacia ella, miró y retrocedió.

—¿Qué es? —exclamó Mike Virgili.

Sin palabras, Zakarian extendió un brazo para señalar montón de huesos blanquecinos que rellenaban la hoya.

—Pero ¿qué diablos es eso? —gruñó Crookston.

—Parecen esqueletos de grandes peces. Parecen esqueletos de… de tiburones —susurró el ingeniero.

Josephine asintió.

—Esos seres…, deben ser cavernícolas. Gigantescos cavernícolas que se alimentan de tiburones del lago —dijo.

—¿Estás loca? —la interpeló el ingeniero—. No hay tiburones de agua dulce… y menos a doscientos o trescientos metros de profundidad. Esas grandes espinas que tenemos ante los ojos, pueden ser esqueletos fósiles con miles de años de edad. Tú sabes que en la antigüedad remota algunos de los actuales continentes estuvieron bajo el mar. Debió ser entonces cuando esos ictiosaurios quedaron encerrados en alguna cueva submarina. Quizá no hallaron una salida al mar abierto y murieron…

Se diría que miss Hall no escuchara, porque dijo, abstraída:

—Esos cíclopes han vivido en las tinieblas durante miles de años, tal vez millones de años. Jamás han visto la luz, por eso pueden desplazarse fácilmente en las tinieblas. Han debido desarrollar otros sentidos, después de que sus ojos se atrofiasen, como los de los topos o los murciélagos. Y siguen alimentándose de los grandes peces que crían en el lago, ¡Mirad esos esqueletos! Hay miles de ellos…

Zakarian la tomó por los hombros y la zarandeó con vigor.

—¡Josephine, estás desvariando!

Ella lo miró fijamente y se desprendió sin violencia de sus manos. En una corta carrera, llegó hasta el fondo del hoyo y palpó con cautela una de las colosales espinas. Alzó la cabeza y buscó con la mirada a Zakarian, que aguardaba, atónito, junto a Virgili y Crookston.

—Estos huesos no están fosilizados. Larry. Y ni siquiera son espinas, sino cartílagos —dijo.

Un escalofrío recorrió la espalda del ingeniero.

—¡Dios' ¿Es posible que...? —calló repentinamente, incapaz de expresar lo que estaba pensando.

Josephine giró rápidamente, escaló las paredes del hoyo y se dirigió sin vacilar hacia el fondo de la impresionante cripta, justamente hacia el punto donde habían desaparecido los insólitos personajes de cabellos plateados y piel descolorida.

—¡Josephine! —intentó detenerla Larry. Pero ella caminaba con toda la decisión del mundo de cornisa en cornisa, hacia las oscuras aberturas del fondo de la caverna que Virgili había bautizado con el nombre de «Seno de Satanás».

Zakarian corrió en pos de ella y los otros dos hombres lo siguieron.

Miss Hall saltaba ágilmente de roca en roca, a pesar de pesado de su impedimenta, y se escurría veloz entre los cal dos peñascos, semejantes a telarañas pétreas.

La bóveda erizada de puntiagudas estalactitas descendía en ángulo pronunciado hacia un colosal cono de arena.

Algo brillaba con fulgor metálico allí. Algo que indudablemente había atraído el interés de la tozuda mujer.

Cuando Larry llegó allí, Josephine apartaba la gruesa arena a puñados. Bajo la arena la pulida superficie metálica color cobre iba desvelándose.

—¿Qué es esto? —murmuró Zakarian, incrédulo.

A manotazos, también él apartaba la arena, descubriendo metros y metros de liso metal rojizo. Golpeó el metal con el puño, después con un pedrusco. La piedra no dejó el mi leve arañazo sobre el metal, que tenía consistencia solida maciza.

Virgili y Crookston llegaron y se les quedaron mirando. Al cabo, ascendieron torpemente por la arena y palparon incrédulos, el metal cobrizo, que tenía un relumbre mate a la luz de las linternas.

Josephine se detuvo un momento, jadeante.

—Esto debió llegar del cielo —dijo.

Los hombres se volvieron a mirarla, estupefactos.

—¿Del cielo?

—Eso es lo que deduzco. Tiene que ser un ingenio extraterrestre —insistió ella.

—Josephine, estás delirando —dijo Zakarian, preocupado.

Pero ella siguió hablando, como si no le hubiera oído.

—Quizá ocurrió hace millones de años, quizá hace sólo unos miles. De todas formas, cuando cayó este objeto, se hundió profundamente en las arenas del desierto, probablemente en una hondonada rocosa. Se deduce que hace miles de años que este objeto está aquí, puesto que el agua, al filtrarse, ha convertido en tobas calcáreas lo que sólo era tierra. Sólo el sílice puro, es decir, la arena, ha conservado su estado anterior, desmenuzado. Creo que el ingenio permaneció durante miles de años en este lugar. La formación de rocas a su alrededor, lo inmovilizó, dejándole atrapado. Sí, lo creo firmemente que este objeto no es otra cosa que una nave alienígena —explicó, pausadamente.

Zakarian le tomó una mano.

—Josephine, por amor de Dios, alejémonos de este lugar. Me temo que el exceso de trabajo ha alterado tu equilibrio nervioso —dijo, cálidamente—. Ven.

Ella se resistió, tenaz.

—¿Te niegas a creer lo que digo porque esos conceptos provocan tu pavor, Larry? —formuló, mirándolo directamente a los ojos.

Zakarian parpadeó.

—Si pretendes que confiese mi miedo, no tengo inconveniente. Sí, estoy aterrado. Pero no pienso dejarte aquí... —Larry llenó sus pulmones de aire e intentó serenarse—. Escúchame, por favor: imaginemos que lo que acabas de decir es cierto. Esos tipos, los cíclopes albinos, como tú los llamas ¿serían seres llegados de otro mundo?

Josephine asintió sin dudar.

—Es evidente. El ingenio penetró en la atmósfera terrestre, que entonces debía ser más tenue, a velocidad excesiva. Y se estrelló contra el desierto, hundiéndose profundamente en la gruesa capa de arena. Debió averiarse y sus tripulantes, los cíclopes, fueron incapaces de reparar los desperfectos.

—Y tú crees que esos extraños seres han vivido aquí durante miles de años... —ironizó el ingeniero.

—No, no creo tal cosa —respondió la mujer, para su sorpresa—. Más bien pienso que permanecieron en estado de hibernación, con sus funciones vitales suspendidas, durante un larguísimo espacio de tiempo. Algún fenómeno, reciente, los devolvió a la vida.

—¿Qué fenómeno? ¡Es absurdo!

—Pudo ser... Pudieron ser las experiencias atómicas que comenzaron a desarrollarse en estas tierras en la década de los cuarenta —murmuró, reflexiva. Y su semblante carnoso se animó—. ¡Sí, eso es! De todas formas, de algo estoy plenamente segura: estas

cavernas no tienen otro acceso que el que nosotros abrimos incidentalmente, junto a la excavación.

—¿Por qué dices eso?

—Porque si los cíclopes hubieran hallado una salida, se habrían apresurado a salir a la superficie, para sobrevivir.

Escuchad, según creo, esas criaturas estaban royendo los cartílagos de tiburones cuando llegamos aquí. Eso indica que sus reservas de alimentos vivos están tocando a su fin, si no se han agotado ya.

Zakarian la miró con estupor indescriptible.

—Todo eso es una locura.

—¿Sí? ¿Qué puedes decirme, en tal caso, de esta masa metal? Tiene el color del cobre, pero es cien veces más duro. ¿Cómo llegó esto aquí? —le desafió miss Hall.

Zakarian no supo qué responder.

—¡Al diablo! Yo sólo soy un ingeniero que construye canales. Alejémonos de este lugar. Algo me dice que estamos en peligro.

Tomó a Josephine por la muñeca, decidido a emprender el regreso. Crookston les detuvo con un siseo perentorio.

—¡Aguarden! Miren esto: ¡el metal vibra! —susurró.

Intrigados, volvieron, gatearon por la resbaladiza arena, palparon el duro metal rojizo. Sus dedos detectaron una finísima vibración, casi imperceptible, pero real y concreta.

—¡Hay vida ahí dentro! —susurró, excitada, Josephine— ¡Toca, convéncete, Larry! El ingenio está vivo, trepida tenuemente... ¡toca!

Puso la mano de Zakarian sobre el metal y él se estremeció al sentir la vibración bajo sus dedos.

Como si hubiera palpado la áspera piel de Satanás, Larry se apartó de allí de un brinco.

— ¡Vámonos! Este lugar me produce escalofríos —gruñó.

Virgili y Crookston retrocedieron, no sin volverse de cuando en cuando para dirigir medrosas miradas a la ancha superficie metálica que sobresalía del montón de arena.

Miss Hall se encogió de hombros, suspiró y les siguió.

Contonearon aprisa el depósito de esqueletos cartilaginosos y ascendieron por los taludes escalonados de granito. Las linternas apenas alumbraban ya. Larry se detuvo un momento y, por primera vez en aquella noche, consultó su ere cronómetro.

—¡Las cinco de la madrugada! Muy pronto amanecerá —exclamó, asombrado.

Alzó la linterna y quedó petrificado.

Un tropel de gigantes greñudos brotaba de una caverna con forma triangular. Josephine exhaló un gritito.

CAPITULO IX

La sorpresa debió ser recíproca, pues los cíclopes también se detuvieron al borde de un escalón.

Eran una decena de individuos y, como Zakarian había calculado, medían algo más de tres metros. Sus siluetas eran antropomorfas, fuertes y vigorosas. Las guedejas de plata caían, abundantes, sobre sus hombros y alzaban sus chatas narices olfateando el aire. Sus ojos, rodeados por las docenas de pliegues de sus párpados abultados, sólo eran dos diminutas rajitas atrofiadas. Los párpados estaban cubiertos de plaquitas blancuzcas, casi desprendidas.

Viendo sus anchas fauces prognáticas y los descomunales colmillos que sobresalían de sus belfos, miss Hall volvió a exhalar un chillido de espanto.

Los cíclopes permanecían inmóviles, en abigarrado grupo. Llevaban largos huesos curvados —espinas, seguramente— en las manos e iban totalmente desnudos. Zakarian advirtió que no poseían genitales visibles, al menos exteriormente. Sus pies eran grandes, anchos en las extremidades, palmeadas como las de algunos saurios.

De repente, Josephine, lanzó un chillido agudo y corrió como alma que lleva el diablo hacia las alturas.

—Debimos traer un arma de fuego —gruñó Zakarian, desenfundando su cuchillo. Cuando se volvió, advirtió que estaba solo: Virgili y Crookston galopaban como diablos, escalando a grandes saltos los taludes de granito.

Los gigantes se movieron, indecisos. Era evidente que podían ver, aunque su vista fuera defectuosa, pues contemplaban con fijeza al hombre que había quedado solitario a mitad de la pendiente.

Uno de ellos camino desgarbadamente y Larry no esperó más. El pánico puso alas en sus piernas, que saltaron hacia las alturas con el vigor de flejes de acero templado. Tanto corrió que alcanzó la hendidura de acceso en el momento en que sus tres camaradas desaparecían entre las rocas.

Fue una carrera vertiginosa, a través del estrecho paso arenoso. Las linternas apenas lucían con un hilillo de luz amarillenta y Zakarian gritó a los que corrían delante de él que se apresurasen.

Por fortuna, en las alturas de la falla se advirtió un destello potente. ¡Se acercaban al lugar donde Larry había dejado el foco eléctrico...!

Cuando dejó atrás el foco, se detuvo un momento a escuchar. Las pisadas de los cavernícolas golpeaban estruendosamente el suelo arenoso, retumbando en las alturas de la grieta con un eco medroso.

Evidentemente, aquellos colosos no podían moverse con soltura en la angosta hendidura. Pero ya estaba muy cerca. De repente, todo rumor cesó.

Zakarian se detuvo cuando se lanzaba ya en pos de sus compañeros. ¿Qué sucedía al otro lado de la pronunciada curva que ocultaba el foco?

Oyó los latidos de su propio corazón en el silencio. Al cabo, temerariamente, regresó hasta el recodo y atisbó en la esquina rocosa.

Los cíclopes se habían detenido a la altura del foco y lo rodeaban, gruñendo con gran excitación. Incapaz de moverse de allí, Larry aguardó.

Uno de los cavernícolas cogió la lámpara eléctrica en sus zarpas y tiró con fuerza. Surgió un chisporroteo azulado y el foco se apagó.

En las tinieblas, se escuchó un coro de gruñidos animalescos capaz de enfriar la sangre en las venas. Larry giró y corrió con todas sus fuerzas, pero su linterna apenas alumbraba, por lo que se vio forzado a frenar su carrera, guiándose por el tacto de las paredes de granito.

«En la oscuridad, ellos tienen ventaja», pensó, aterrado. Pues, según miss Hall, los cíclopes llevaban mucho tiempo viviendo en tinieblas absolutas.

Aceleró sus pasos, pero chocó contra un resalte y cayó al suelo. En aquel momento, sintió todo el sabor del miedo, pues la linterna —prácticamente inútil ya— se le fue de entre los dedos y se apagó definitivamente. Como había dado una vuelta de campana, se desorientó y no supo si avanzar en un sentido o en otro. Pero le bastó aguzar el oído y escuchar el estruendo de los pasos de los cavernícolas para saber qué camino debía elegir.

Por fortuna para él, a los pocos minutos vislumbró una rendija de luz que se colaba en las alturas y comprendió que estaba muy cerca de la «Antesala del Infierno».

Con la urgencia del caso, desembocó en la caverna del lago, tropezó en algo que sobresalía del suelo, cayó, rodó violentamente por el suelo pedregoso y se incorporó inmediatamente.

Virgili y Crookston estaban atando el cable de acero a la proa del bote neumático, mientras Josephine, aterrada, se mordía los puños de pura impaciencia. En la otra orilla, los restantes exploradores aguardaban, tensos, dispuestos a remolcarles en un santiamén.

Botada la embarcación a las oscuras aguas, miss Hall y los tres hombres se apresuraron a embarcar. El bote cruzó el lago raudamente y se aproximó al escarpado. Cuando la mujer saltaba a las rocas, Joe Curling gritó:

—¿Qué es eso que se acerca?

Creyendo que se refería a los cavernícolas y sabiéndose a salvo por el momento, Zakarian —que era el último en desembarcar— no se

apresuró. Cuando se volvió a mirar atrás, vio surgir de entre las aguas una sombra más densa que las aguas del lago.

Josephine gritó estridentemente al ver aparecer la aguda cabeza del monstruo acuático.

—¡Salta, Larry, salta! ¡Por amor de Dios!

Zakarian parecía petrificado de estupor. Sus ojos, hipnotizados, contemplaban sin parpadear aquel cuerpo ahusado de seis metros de longitud, dotado de grandes aletas cartilaginosas, cubierto de placas córneas azuladas a la luz de los focos.

—¡Salta! —chilló miss Hall, histérica.

Y Larry reaccionó, se bamboleó sobre el inestable bote y saltó a tierra. La colosal cabeza del ictiosaurio prediluviano brotó de entre las aguas y sus formidables dientes segaron como una cizalla el caucho y las varillas de acero del bote.

El aire a presión escapó con un silbido mientras las aguas del lago se agitaban tumultuosamente al ritmo de las acometidas del monstruo de las profundidades.

Todavía mojaban las olas los pies de Zakarian, cuando Crookston y Virgili le alzaron en vilo y le arrastraron a varios metros de la orilla.

Entretanto, la superficie del lago espumeaba. A veces, aparecía la cabezota aguda del monstruo carnicero que destrozaba sañudamente los restos del bote neumático. Finalmente, los trozos del bote se hundieron y el ictiosaurio se alejó, aun que volvió a mostrar en seguida su largo cuerpo acuadinámico bajo la superficie brillante del anchuroso estanque.

La mayoría de los exploradores se habían alejado de la orilla, dominados por el pánico, mientras miss Hall y los dos hombres atendían al ingeniero.

En aquel momento, los cavernícolas desembocaron en la gruta del lago. Los exploradores retrocedieron, espantados, hacia la próxima galería subterránea, ante aquella alucinante aparición.

—¿No querías estudiar a tus cíclopes albinos? —gruñó Zakarian, incorporándose del suelo—, ¡Pues ahí los tienes, querida! Tal vez te interese hacerles una entrevista para la Revista de Antropología...

Josephine no respondió. Contemplaba a los titanes a través de sus grandes gafas graduadas.

Asombrados, vieron que los cavernícolas descendían a través del bosque de estalagmitas y se aproximaban al borde del lago.

A la luz cruda de los focos, sus cuerpos aún parecían más extravagantes y fantásticos. Brillaban sus ojillos rojizos a través de las rendijas de los párpados escamosos y sus agudas mandíbulas prognáticas se alzaban olfateando... ¿qué?

«Quizá ventean a sus piezas», pensó Zakarian. Y retrocedió un paso instintivamente.

Sin embargo, los insólitos gigantes no parecían agresivos. Uno a uno fueron acercándose a la orilla y se detuvieron, erguidos en toda su estatura.

Algunos de ellos ostentaban colgantes papadas casi traslúcidas. Fue precisamente el más corpulento de aquellos titanes el que pronunció entre gruñidos algo que vagamente recordaba la voz humana.

Entonces ocurrió algo singular: uno de los cavernícolas se destacó del grupo y se acercó a la orilla.

Pasmados de asombro, los exploradores seguían la escena, expectantes, sin apenas respirar.

El cíclope plegó sus largas piernas velludas y... se introdujo en el agua. Al momento, las profundidades del lago se agitaron y una sombra oscura se aproximó vertiginosamente al lugar donde el cavernícola golpeaba las aguas con sus manos como garras.

La cabezota del monstruo surgió como una flecha, su bocaza se abrió y sus mandíbulas se cerraron sobre las piernas del cíclope.

Al punto, los demás cavernícolas, que permanecían atentos a poca distancia, se abalanzaron sobre su congénere y varios de ellos le sujetaron por los brazos y los cabellos para evitar, sin duda, que el monstruo acuático arrastrase a su víctima a las profundidades.

En aquel momento, miss Hall emitió un gemido. Sus rodillas se doblaron y Josephine cayó a tierra antes de que Larry pudiera sujetarla. Se acababa de desmayar.

Entretanto, los cíclopes se agitaban en la otra orilla, sujetando a su compañero, mientras otros blandían sus armas de hueso, penetraban en el lago y acosaban al monstruo.

Con insólita temeridad, tres cavernícolas agarraron al ictiosaurio por la espinosa cola y le sacaron del agua.

Sucedió una lucha frenética sobre las rocas. El monstruo se retorcía convulsivamente sobre los peñascos erizados, donde los cíclopes hundían una y otra vez sus armas en los saltones ojos de su presa.

El monstruo había soltado a su víctima, que flotaba en el lago, cercenadas ambas piernas.

—¡Es algo salvaje, cruento y primitivo...! —murmuró Zakarian, paralizado por la visión de la atroz escena. Pero continuó mirando lo que sucedía al otro lado, incapaz de sustraerse al terror.

Los gigantes de cuerpos blancuzcos habían logrado arrastrar al monstruo hasta la zona erizada de puntiagudas estalagmitas, afiladas como puñales. En sus convulsiones, el ictiosaurio acababa hiriéndose profundamente en las púas pétreas, donde sus cazadores le inmovilizaron hasta matarle.

Todavía daba tremendos coletazos el monstruo, cuando los

cíclopes comenzaron a descuartizar su cuerpo con las afiladas armas de hueso. Diestramente, cortaban la piel escamosa y seccionaban grandes pedazos de carne, que ingerían cruda con impresionante fruición.

Zakarian se inclinó sobre Josephine en el momento en que la joven volvía en sí.

—¡No mires! —dijo Larry—. Es una escena repugnante.

Pero ella se irguió con vigor y miró.

El cuerpo del cíclope, mutilado, se hundía lentamente en las aguas negras. Más allá, se oían los gruñidos de los gigantescos cavernícolas, que estaban dándose un verdadero festín.

Muy pálida, Josephine cambió una mirada con Zakarian.

—Lo sé —admitió él—. Tus deducciones eran certeras. Los huesos que hallamos en el «Seno de Satanás» no eran fósiles, aunque ese monstruo que devoran los cíclopes es un verdadero ejemplar prediluviano. Y esos gigantes de cabellos plateados no son hippies, sino...

Ella le tomó por la mano y dijo:

—Marchémonos de aquí. Ya hemos visto bastante.

Y, por una vez, Zakarian estuvo de acuerdo. Recogieron el equipo indispensable y dejaron la instalación eléctrica, que seguía fulgiendo deslumbrante a lo largo de la caverna.

Los cíclopes no prestaban atención al grupo de personas. Aquellos seres, llegados de algún remoto confín del universo, parecían ajenos a todo lo que no fuera devorar suculentos pedazos del monstruo de las profundidades.

El camino de vuelta se les hizo muy largo. En la caverna-colector, Josephine se detuvo para recuperar el resuello.

—Así que ellos mismos se ofrecen como cebo para atrapar a esas presas del lago... —pronunció, abstraída.

—Sí. Un ritual escalofriante. Pero me temo que ya no dispongan de más presas. Sospecho que ese monstruo antediluviano era el último —dijo Zakarian. Y se preguntó, ensimismado—: ¿De qué se alimentarán, a partir de ahora, esas absurdas criaturas?

Josephine no se atrevió a responder. Reiniciaron la marcha, alcanzaron la «Catedral» y avisaron por radio a Bob Willow, que aguardaba impaciente sus noticias.

Cuando los exploradores llegaron hasta la superficie en una plataforma, dejaron escapar suspiros de alivio. Estaba saliendo el sol por encima de los áridos peñascales situados en la orilla izquierda del canal.

Abajo, Larry Zakarian les había advertido:

—Si contáis lo que habéis visto a vuestros compañeros, os tomarán por locos. Lo mejor es que calléis.

CAPITULO X

Durante el jueves y el viernes, el campamento factoría fue desmontado en su totalidad por Luke McRae y sus expertos mecánicos. Como el camino era liso al borde derecho del canal, la mastodóntica grúa y otras máquinas pesadas iniciaron la marcha al sur a mediodía del jueves, mientras la demoledora de piedra y el horno de cemento eran desmontados y cargados en dos camiones góndola.

Al atardecer, regresaron los camiones y cargaron los pabellones prefabricados de dormitorios, almacenes, talleres y servicios, todo lo cual acarrearon hacia el lugar donde se montaría el nuevo campamento, unas siete millas adelante.

Mil hombres y mujeres se afanaban en agilizar la colosal tarea de trasladar quince mil toneladas a lo largo de siete millas. Desde su jeep, Larry Zakarian dirigía y enlazaba por radio los diferentes equipos de trabajo. En el nuevo campamento se llevaba a cabo una actitud incesante, total.

En la mañana del viernes, la casi totalidad de la plantilla trabajaba en el montaje de factorías, talleres y pabellones de personal. Larry estaba charlando con Manuel Bermúdez, el joven camarero, cuando llegó la doctora Davenport.

—¿Alguna novedad, Barbra? —preguntó amablemente el ingeniero jefe.

—Bill Newman está fuera de peligro, aunque finalmente tendremos que enviarle a Santa Fe, para la convalecencia. Sin embargo, me preocupa Joe Curling...

Zakarian entornó los ojos.

—¿Qué le pasa a Curling? —inquirió.

—Joe sufrió anoche un ataque de nervios. Le inyecté un sedante y dispuse que ingresara en la enfermería, pero ha pasado una noche muy agitada. Se estremecía en escalofríos y sudaba al mismo tiempo. Luego cayó en un delirio prolongado.

—¿Qué decía?

—Hablaba incoherentemente de un monstruo antediluviano y saltaba sobre el lecho gritando como un energúmeno: «¡Ya vienen los cíclopes, ya vienen!» La enfermera de servicio y yo nos vimos forzadas a sujetarlo a la cama con correas...

Alzó una mano sobre los ojos para soportar el fuerte resplandor solar y miró a Zakarian:

—¿Qué debemos hacer, Larry? —planteó.

El ingeniero jefe se mordió los labios, indeciso.

—Mantenlo en observación unos días. Si empeora, lo enviaremos a Santa Fe —decidió.

Barbra Davenport se alejó hacia la tienda donde reposaban sus enfermos mientras se terminaba de montar la enfermería.

—Manuel, tráeme otra cerveza —pidió Zakarian.

No tenía sed, pero necesitaba reflexionar a solas.

¿Valía la pena mantener aquel asunto en secreto en aras del éxito profesional? Larry era consciente de que debía informar a su empresa del hallazgo de la red de cavernas y de todo cuanto habían descubierto en las profundidades. Pero en los últimos días, el canal sólo había progresado un par de kilómetros y Zakarian quería avanzar más, dejar atrás el misterio subterráneo y todos los problemas y enigmas que ello encerraba.

Había ordenado soldar entre sí las dos hojas del portón que cerraba el acceso a la «Catedral». «Es la postura del avestruz —caviló —. Cerrando esa puerta, intento olvidar lo que vi allá abajo.»

Por fortuna, Josephine Hall no parecía decidida a iniciar nuevas exploraciones. Ella se mantenía aparte e invisible, por el momento. Durante dos días, Larry no la había visto más que un par de veces, cuando los mecánicos desmontaban su bungalow y Josephine cargaba en un jeep montones de libros, carpetas, legajos y folios.

Las diecisiete personas que habían descendido a la sima estaban ahora trabajando denodadamente, a excepción de Curling, hospitalizado. Por el momento, el trabajo era suficientemente absorbente como para mantenerles silenciosos.

Por otra parte, durante la próxima semana el canal se alargaría otros ocho o diez kilómetros hacia el sur. Entonces habría llegado el momento de informar a la McAdams International Corporation. William Atchison, el gerente general, comprendería sus razones para mantener aquel asunto de la gruta en secreto. Pero, probablemente, Atchison se vería obligado a pasar el informe a las autoridades. Los primeros que acudirían serían las eminencias grises del Pentágono. ¿Los dejarían seguir trabajando?

En el horizonte apareció una nube de polvo. Minutos después el rebaño de vacas era claramente visible. Tim Reilly, el vaquero que Zakarian había contratado, llegó a lomos de su moto.

Disponer de carne fresca siempre, suponía otras de las «originalidades» de Zakarian que sacaban de quicio al senador Faulkner. Sin embargo, la comisión del Senado aplaudió aquella idea de pagar un salario a un vaquero. En lugar de mantener centenares de canales de carne en instalaciones frigoríficas —muy costosas, por otra parte—, Zakarian había sugerido la posibilidad de mantener un rebaño. Demostró que la carne congelada era más cara que las reses vivas. Y ganó.

Cada dos días, Tim Reilly sacrificaba una res, según las indicaciones del cocinero jefe. Esto permitía a los trabajadores consumir carne fresca frecuentemente. El ganado no era necesario conservarlo en cámaras frigoríficas. Reilly las llevaba cada día a los mejores pastos, aunque por la noche distribuía porciones de pienso a las vacas.

Once hembras habían parido otros tantos terneros a lo largo de los cuatro meses que duraban ya las obras. Además, las hembras producían leche fresca. A Larry, la proximidad del rebaño le complacía íntimamente, pues su padre —descendiente remoto de turcos— había sido ganadero toda su vida.

Tim Reilly se detuvo un momento sin apearse de la moto y aceptó la cerveza fría que le ofrecía el ingeniero jefe. Se la bebió de un largo trago y se alejó con su moto como una exhalación, en pos de sus vacas.

El viernes por la tarde terminaron los trabajos de montaje de factorías y pabellones. El nuevo campamento estaba listo para seguir funcionando por un par de semanas.

Esa misma tarde, Zakarian dio instrucciones a sus ingenieros ayudantes y a los capataces.

—Vamos un poco retrasados —les dijo—. Podríamos recuperar el ritmo si trabajamos este fin de semana. Imagino que no todos aceptarán trabajar, pero si pudiéramos completar dos turnos de trabajo en el tajo, les quedaría muy agradecido. Naturalmente, los que quieran trabajar percibirán el doble de su salario esta semana.

Larry estaba cenando a solas en su bungalow, cuando apareció Bob Willow.

—Del total de la plantilla, más de trescientos se niegan a trabajar el fin de semana. Algunos cogerán sus autos y motos e irán a beber y a divertirse a las poblaciones más próximas. Los demás sólo desean descansar. Y tienen razón: la semana ha sido muy dura. Contamos, pues, con casi dos turnos. Uno de mañana y otro de tarde. ¿Qué te parece, Larry?

—Espléndido —respondió el director—. Siéntate y toma un trago. Sírvete.

Bob volvió poco después con un vaso largo en una mano y un cigarrillo en la otra.

—Por cierto…

—¿Sí?

—Todos los que bajasteis a la cima venís adoptando una actitud taciturna y fosca. ¿Qué es lo que encontrasteis allá abajo, en la caverna? —dijo Willow.

—Un enorme dragón que fumaba «Cohíbas». Era un dragón hembra, olía a Chanel número 5 y usaba fina lencería francesa —

respondió Zakarian.

Willow se partió de risa. Bebió su combinado y se alejó riendo. Pero Larry no reía cuando quedó solo.

Esa noche tuvo desagradables pesadillas. Sin embargo, antes de salir el sol estaba dispuesto a comenzar la jornada. Los obreros estaban ya en el tajo, aunque faltaban muchos vehículos y los tres autocares de la compañía.

El trabajo rindió satisfactoriamente durante el fin de semana. El domingo por la tarde, la grúa había colocado en el cauce tres kilómetros de piezas de hormigón.

Justamente antes de que se pusiera el sol, Zakarian se encontraba al pie del tajo, cuando el capataz Robinson comentó:

—Vienen dos coches.

En efecto, dos vehículos se acercaban a las obras dejando tras sí tolvaneras de polvo amarillento. Cuando estuvieron a doscientos metros, Larry advirtió que se trataba de un Buick con los colores de la policía y una furgoneta Ford pintada de gris.

El autopatrulla se detuvo a unos metros del jeep del ingeniero jefe. Bajaron dos hombres vestidos de uniforme y tocados con anchos sombreros de fieltro. Uno de ellos era corpulento, lucía un bien cortado mostacho canoso y cubría sus ojos con gafas de sol. El otro era más joven y esbelto.

Ambos se acercaron a Larry. El que llevaba la estrella plateada en su bien planchada camisa, caqui, jadeó y dijo:

—Soy Elmer McDivitt, el sheriff de Tatum. ¿Es usted el director de estas obras?

—En efecto. Me llamo Larry Zakarian.

McDivitt le escrutó a través de los cristales oscuros de sus gafas.

—Me gustaría saber, señor Zakarian, si alimenta usted a sus obreros con sopa de heroína o estofado de hongos alucinógenos —dijo con una risita feroz.

Larry cambió una mirada con Ed Robinson, que se pellizcaba, nervioso, el labio inferior. Sin embargo, Zakarian no perdió la serenidad.

—Buenas tardes, sheriff. No entiendo su jerga. Si se expresa en lenguaje común y corriente, tal vez pueda responder a sus preguntas.

McDivitt bufó. Moviendo con vigor sus gruesas ancas, se dirigió a la furgoneta gris.

—Venga conmigo —dijo.

El policía joven abrió el portón trasero. Intrigado, Larry se asomó y vio los cuerpos humanos, sudorosos y hediendo a whisky, que se amontonaban en el piso del vehículo. Reconoció a Virgili, a Crookston y a otros ocho hombres del equipo.

—¿Y bien? —se volvió hacia el jadeante McDivitt.

—Estos hombres llegaron a mi ciudad el sábado por la mañana. Al principio, se comportaron correctamente, pero después se volvieron locos. Detenían a las señoras en las calles y las obligaban a escuchar una historia alucinante acerca de monstruos marinos, atlantes que vivían en las profundidades y otras memeces. Recorrieron todos los bares y bebieron hasta hartarse. De paso, destruyeron algunos de ellos. Luego siguieron expandiendo el terror en Tatum. Manejaban dinero abundante y lo gastaban con generosidad, lo reconozco, pero se pelearon con toda persona que se negaba a escucharles y escandalizaron a mis ciudadanos. ¿Lo entiende ahora, señor Zakarian?

—Sí —respondió Larry con un susurro—. ¿Cuánto importan los daños causados en Tatum por estos hombres, sheriff?

McDivitt sacó un bloc de su bolsillo.

—No están aquí todas las denuncias, pero lo que tengo registrado señala destrozos por valor de… ¡ejem!, ocho mil dólares —dijo, un tanto vacilante.

Zakarian buscó el talonario de cheques en su portafolios, rellenó un talón por ocho mil dólares, lo firmó y se lo entregó al sheriff de Tatum.

—Bien… En ese caso, esto es todo, señor Zakarian —McDivitt parecía satisfecho—. Estuve a punto de arrestar a estos hombres, pero decidí venir a verle. Ahora todo está en orden, pero será mejor que envíe sus obreros más hacia el sur. En Tatum aún no estamos preparados para entender a cierta clase de individuos.

Larry siseó unas palabras al oído de Robinson. El capataz y otros tres hombres fueron en pos de los policías, subieron a la furgoneta y arrojaron fuera a los borrachos, a los cuales regaron poco después con una manguera.

Zakarian ordenó que los arrojaran a un camión y se los llevaran al campamento, tras lo cual se desentendió del asunto. Naturalmente, pensaba descontar de los salarios de los revoltosos los ocho mil dólares de indemnización que había pagado —de su bolsillo— al sheriff de Tatum.

El trabajo recomenzó a las seis de la mañana del lunes.

Josephine Hall seguía encerrada en su bungalow, pero hombres y máquinas trabajaban a pleno rendimiento.

CAPITULO XI

Todo marchó bien durante los tres primeros días de la semana.

En la madrugada del jueves, Zakarian despertó sobresaltado al oír unas detonaciones. Con la urgencia del caso, se vistió y abandonó el bungalow.

En las afueras del campamento se elevaba un pandemónium de gritos, mugidos y disparos.

Larry saltó al jeep que siempre aguardaba a su puerta, puso el motor en marcha y rodó hacia el lugar donde Tim Reilly armaba cada atardecer el liviano corral de módulos de aluminio para encerrar su rebaño.

Durante el corto trayecto de trescientos metros, advirtió que los disparos habían despertado a otras muchas personas, algunas de las cuales se dirigían también hacia el corral.

Uno de los vigilantes jurados vino a su encuentro, carabina en mano.

—¿Qué ha sucedido, Postman? —preguntó el ingeniero jefe, frenando a la altura del hombre armado.

—¡Cuatreros, señor Zakarian! —respondió el hombre, muy excitado.

—¿Cuatreros? —se extrañó Larry.

—¿Qué otra cosa pueden ser? Estaba haciendo mi ronda por este sector, cuando escuché un rumor sospechoso. Ya ve que la noche es oscura. Por otra parte, Tim Reilly mantiene que el ganado no descansa si se colocan luces alrededor del corral...

—¿Y qué? —lo interrumpió Zakarian, impaciente por las tediosas explicaciones del vigilante nocturno.

—Pues que vine aquí, a la cerca, y oí los mugidos asustados de las vacas. Encendí mi linterna y vi unas piernas desnudas que se confundían con las patas de las vacas. Bueno, di el alto y ordené a quien fuera que saliera con las manos en alto, pero nadie respondió y disparé al aire...

—¿Ha detenido a alguien? —indagó el ingeniero jefe.

—No he podido comprobar si mis disparos alcanzaron a los cuatreros, señor. Pero he despertado a Tim Reilly. El muchacho ha saltado la cerca y creo que está contando las reses.

Llegaban varias personas a la carrera, entre ellas el ayudante Bob Willow. Había luces encendidas en los largos pabellones dormitorio y algunos trabajadores se asomaban a las ventanas e indagaban por qué habían sonado aquellos disparos.

Zakarian saltó fuera del jeep y habló brevemente con Bob Willow.

En seguida caminó hacia el corral, se apoyó en la cerca metálica y llamó:

—¡Eh, Reilly! ¿Qué pasa ahí?

Los mugidos inquietos de las vacas que se agitaban al fondo del corral fueron la única respuesta.

Volvió a repetir la llamada, alarmado ya, pero nadie contestó.

Entonces Zakarian saltó ágilmente la cerca apoyando una sola mano y gritó:

—¡Venga acá, Postman! ¡Traigan unas linternas!

Un pequeño grupo de hombres se acercó. Dos de ellos saltaron y se reunieron con el ingeniero jefe; los demás quedaron al otro lado, iluminando el rebaño con sus linternas.

Las vacas se asustaron al ver venir a los hombres que portaban luces. Zakarian las apartó de su camino con fuertes palmadas en las ancas: «¡Eh, eh, vaca!», y llegaron al final del corral.

Había dos reses muertas. Una sangraba todavía por la enorme herida del cuello; la otra estaba parcialmente devorada o descuartizada: le faltaban las dos ancas y porciones considerables del lomo.

—Extraños cuatreros —susurró el vigilante Postman—. En lugar de llevarse las vacas enteras, las matan y se las llevan a trozos...

—¡Cállese! —gruñó Zakarian, sordamente. Y el guardia jurado enmudeció.

Larry volvió a llamar a Tim Reilly. Un nudo de angustia le apretaba la garganta: temía por la suerte del joven vaquero

La caseta en la que dormía Reilly estaba al fondo del corral. La puerta estaba abierta, pero en su interior no encontraron otra cosa que el lecho de campaña deshecho, un armario colgado y dos jarras de leche casi llenas.

—¡Reilly! —volvió a llamar Larry, aunque ya desesperaba de encontrar al muchacho.

Alguien llamó desde fuera.

—¡Está aquí, desvanecido!

Zakarian saltó fuera de la caseta y echó una mirada. Dos hombres se inclinaban —al otro lado de la valla— sobre el cuerpo desvanecido del vaquero.

Saltó la cerca y corrió hacia ellos. Una linterna iluminó el rostro pálido y juvenil de Reilly. Sólo vestía un slip azul y una camiseta, completamente desgarrada. Había arañazos profundos, en su pecho y en sus brazos y un gran hematoma en un hombro.

Alguien trajo una botella de agua fría y rociaron el rostro del joven. Tim volvió en sí unos minutos más tarde. A preguntas del ingeniero jefe, respondió:

—No, no pude reconocerles. Desperté cuando Postman golpeó mi

caseta y me llamó a gritos. Dijo que sospechaba que alguien trataba de robar vacas, abrí la puerta y vi unas sombras inclinadas sobre el suelo. Avancé y..., me golpearon en el rostro. Alguien me aferró con unas manos muy ásperas, me sentí alzado del suelo y arrojado por encima de la cerca. Perdí el conocimiento...

Se acarició el cuello, parpadeó y preguntó:

—¿Quiénes eran? Esos tipos debían ser luchadores de catch. Me enviaron a seis metros de distancia de un empellón...

Zakarian le acarició amistosamente los rizados cabellos y lo empujó hacia Willow.

—Llévalo a la enfermería y que lo curen. No te preocupes por el rebaño ahora, Tim. Quédate en la enfermería hasta que la doctora Davenport te lo diga.

Cuando su ayudante y el vaquero se alejaron, Zakarian dijo a Postman:

—Vaya al centro de vigilantes y despierte a todos sus compañeros. Que cojan sus rifles y munición abundante y que se apresuren a venir aquí para recibir mis instrucciones.

—Desde luego, señor, pero yo creo que los cuatreros deben estar lejos a estas alturas —murmuró el hombre desconcertado.

Larry perdió el control de sus nervios.

—¿Todavía no ha comprendido que no se trata de simples cuatreros, idiota? Vaya a hacer lo que le he dicho —farfulló, iracundo.

El vigilante murmuró una disculpa y se marchó a la carrera.

Los guardias jurados se encontraron con el director poco después de que se le uniese Bob Willow.

—¿De qué se trata? —dijo el ayudante, alarmado.

—Quiero asegurarme de que los merodeadores estén lejos de aquí. Usted, Haman —se dirigía al jefe de los vigilantes—, distribuya a sus hombres alrededor del campamento con orden de disparar contra cualquiera que trate de abandonarlo. Despierte al jefe de electricistas y ordénele que enciendan todos los focos exteriores. Ustedes —hablaba ahora a todos, pero advirtiéndolos de que nadie debe abandonar las instalaciones, por el momento. Haman, déjeme su metralleta.

—Sí, señor —respondió al punto el jefe de vigilantes. Y le entregó el arma y dos cargadores de repuesto.

—Ahora vayan a cumplir mis instrucciones. El señor Willow y yo recorreremos el campamento en mi jeep. Tengan cuidado.

El corro se disolvió. Zakarian y su ayudante subieron al jeep.

—Bob —dijo el ingeniero jefe—, es tarde para darte explicaciones. Pero te confesaré que estoy preocupado.

—¿Por la matanza de esas dos vacas? ¿Crees que anda alguna fiera

suelta? —exclamó Willow.

Zakarian rió sin ganas.

—Es posible, pero son fieras de dos patas —dijo.

Embragó y partió. A pequeña velocidad, comenzaron a rodear los pabellones, almacenes y demás instalaciones. Grandes focos, elevados sobre plataformas de treinta metros de altura, iluminaban perfectamente el perímetro del campamento.

—Así que tú piensas que la matanza de las vacas es obra de algún desequilibrado —comentó Willow, desconcertado.

—No exactamente. Ahora no puedo explicarte, pero...

Hundió a fondo el freno. Le había parecido escuchar un grito. Los dos hombres escucharon con atención y un chillido estridente resonó de nuevo en el silencio nocturno.

—¡Una mujer ha gritado! —exclamó Willow, alarmado—. ¡Ha sido hacia allá, hacia la zona de los almacenes y los bungalows!

Zakarian hizo girar el jeep y partió como una flecha. Cruzaban a gran velocidad por delante del bungalow de miss Hall, cuando la puerta de la vivienda se abrió y apareció Josephine lanzando alaridos. La mujer iba desnuda, a Excepción del estricto slip que velaba sus partes más íntimas.

—¡Ca... ca... caramba! —tartajeó Willow, bizqueando dramáticamente—. ¡Es... es Josephine!

Ella galopaba y gritaba despavorida, sin rumbo. Al oír el frenazo del jeep, miss Hall cambió de dirección y corrió hacia el vehículo.

Bob Willow desvió pudorosamente la mirada, mientras Zakarian se despojaba apresuradamente de su camisa y cubría con ella a la joven geóloga, que sollozaba e hipaba entrecortadamente, abrazada con desesperación a Larry.

—¡A...a...arrancaron de cuajo la reja de mi dormitorio! —balbuceó ella, estremecida de pánico—. Sal...saltaron por el hueco y no... no esperé más. Chillé con todas mis fuerzas y salí co...corriendo, des...desnuda.

—Has hecho muy bien, Jossy. Ahora, tranquilízate. Quédate aquí con Bob, ¿quieres? El te protegerá. Bob tiene una pistola. Yo iré a echar un vistazo.

—¡Nooo! —gritó miss Hall.

Pero ya era tarde. Zakarian corría hacia el bungalow con la metralleta entre las manos y penetraba como una tromba a través de la puerta del porche.

—¡No, Larry! ¡Son ellos..., los cíclopes! —chilló Josephine desesperadamente. Pero Willow la retuvo férreamente por los brazos, cuando ella quiso correr en pos de Zakarian.

—Cálmese, por favor —murmuró, muy nervioso, el ingeniero ayudante—. Creo que no la he oído bien... ¿Ha dicho «los cíclopes»?

Entretanto, Larry acababa de frenar en seco en el pequeño vestíbulo del bungalow. Del dormitorio de Josephine brotaba un haz de luz tamizada, celeste.

Pero también se escapaba luz de la pequeña cocina situada al final del pasillo. Una luz muy tenue, amarillenta, como la que podría salir de un frigorífico abierto.

Unos disparos restallaron en algún lugar próximo.

¿Willow? Zakarian miró hacia la puerta. Y en aquel momento oyó, próxima, una respiración profunda, semejante a la de un gran cuadrúpedo o una fiera.

Se volvió de un salto y le vio. Estaba en la cocina, pero sus hombros y su cabeza superaban el marco de la puerta. Luego brillaron unos cabellos plateados y una cabezota se inclinó y asomó por la puerta de la cocina.

Dos rendijas rojizas brillaban en la penumbra: los ojos del cíclope. Un enorme brazo aferró la puerta de formica y la arrancó de cuajo.

El cavernícola trataba de escapar de aquel angosto reducto, pero su estatura formidable se lo impedía.

—¡Por Cristo! —vibró la voz de Zakarian—. ¡Quédate ahí o te aso!

Pero los brazos salieron al pasillo, las largas piernas peludas se doblaron y el habitante de las tinieblas avanzó a cuatro patas.

Zakarian retrocedió, espeluznado. Dentro del pequeño bungalow, el cíclope parecía mucho más corpulento, enorme, gigantesco. Al avanzar, sus hombros golpeaban los forrados paneles metálicos y los doblaban como si fuera de papel.

Paso a paso, retrocedió. El gigante le siguió, encajonado en el pasillo. Un gruñido bronco y sordo brotaba de sus anchas fauces, en las que Zakarian vio unas cerdas hirsutas, semejantes a las de los felinos.

Sentía un temor supersticioso a disparar contra aquel ser extraordinario. Pero cuando su espalda chocó contra la puerta, que se había cerrado al recibir el impulso de entrada, la metralleta chorreó una andanada de balas.

El cíclope se estremeció. Trataba de llevarse las manos al pecho, taladrado por las balas, pero sus brazos eran tan largos y voluminosos que le resultaba imposible realizar aquel sencillo movimiento.

Una zarpa se alzó y arrancó de cuajo un aplique luminoso de la pared.

Zakarian se encontraba a menos de dos metros del gigante agonizante. Imponiéndose al pánico, avanzó un poco, tanteó el cerrojo, lo descorrió, tiró de la puerta y retrocedió, gritando como un poseso el terror acumulado en su cerebro.

Calló, sin embargo, súbitamente, al ver a Josephine y Willow, que lo miraban desde el jeep, transidos de pánico.

Corrió hacia ellos, sin perder de vista la puerta del bungalow, que aún se mecía sobre sus goznes.

Alzó una mano al aproximarse y exclamó, jadeante:

—Calma, calma… Ese ya no podrá hacer nada: lo he matado.

—¿Has matado a quién? —preguntó Willow, que volvía a bizquear como consecuencia de su tensión nerviosa.

Zakarian lanzó una carcajada. Pero sus facciones se tornaron serias en seguida.

—He oído unos disparos —dijo—. ¿Dónde se oyeron?

—Ahí, muy cerca. Creo que fue en el almacén —respondió Bob Willow.

—Está bien. Llévate a Jossy al centro de vigilantes, Bob. Allí hay unas cuantas armas automáticas. Deja tu pistola a Jossy y… coge una metralleta y munición suficiente. Vuelve después aquí.

Nada se movía en el campamento,- cuando Bob y miss Hall se alejaron en el jeep. El silencio era absoluto. Apenas llegaba hasta sus oídos el rumor de las máquinas que, a unos cuatro kilómetros de distancia, trabajaban en el tajo, cubriendo el turno de noche. Los obreros que trabajaban en la excavación no debían haber advertido que algo insólito sucedía en el campamento.

CAPITULO XII

Los cristales de una ventana del almacén saltaron convertidos en menudos fragmentos.

Zakarian se volvió de un brinco, a punto de disparar. Vio un brazo peludo que surgía a través de la ventana.

Luego tornó el silencio nuevamente.

Larry se movió, intranquilo. Desde donde se hallaba, podía ver el corpachón inmóvil del gigante abatido en el bungalow de Josephine Hall. Pero ¿estaría verdaderamente muerto o sólo herido, quizá desmayado? ¿O se hacía el muerto?

Los nervios le estaban traicionando.

—¡Maldita sea! —gruñó—. ¿Por qué no vuelve Bob Willow?

Probablemente Bob estaba asustado.

«¿Y quién no lo estaría, en estas circunstancias?», se preguntó Zakarian, impaciente.

Un jeep cruzó del pabellón de vigilantes a la enfermería y desapareció tras el edificio prefabricado que ocupaba la doctora Davenport.

Pocos minutos después, Larry volvió a ver el destello de los faros y el vehículo contorneó la enfermería y se acercó a gran velocidad.

—¿Por qué tardaste tanto? —susurró Zakarian.

—Miss Hall tenía los nervios de punta y no consintió en quedarse sola. Pensé que sería mejor confiarla a Barbra. La doctora se ha hecho cargo de ella. Ha puesto una inyección sedante a Josephine. ¡Es una mujer valiente esa doctora...! ¿Qué ocurre aquí?

—Una ventana del almacén ha saltado pulverizada —Larry miró fijamente a Bob, tentado de contarle la verdad, pero calló, temiendo que su ayudante perdiera la entereza que hasta entonces había demostrado.

Rodeó el jeep y tomó su radio-emisor del guantero. Envió una llamada por radio. En seguida contestó uno de los guardias jurados, Herbert Temple.

—No he visto al jefe Haman, señor. Me encuentro cerca de la fábrica de cemento. Veo a Postman y Yesman, que vigilan la planta de hormigón y la demoledora de piedra, respectivamente. En este sector no se ha producido ninguna novedad, señor Zakarian.

—Bien. Llame a sus compañeros y adviértales que deben mantenerse en comunicación conmigo. Mi radio estará a la escucha.

—Entendido, señor —respondió Temple.

—Ve hacia adelante. Bob —indicó Larry a Willow—. Hacia la puerta principal del almacén.

El jeep avanzó y se detuvo en el lugar indicado. Zakarian tenía en su coche un manojo con copias de las llaves de todas las dependencias. Cogió el llavero, apartó la del almacén y bajó. Llevaba la metralleta colgaba del hombro derecho, como un experimentado comando.

—Quédate ahí, con el motor en marcha, Bob —los faros del jeep enfocaban el ancho portón basculante del almacén—. Vigila.

Introdujo la llave en su cerradura, la giró y alzó el portón.

Una granizada de balas se estrelló contra las gruesas planchas de metal. Larry saltó de costado y rodó por el polvo.

—¡¡Soy yo, estúpidos!! ¡¡Soy Larry Zakarian!! —gritó como un energúmeno.

Aguardó unos minutos —Bob le observaba aterrado— y luego se aproximó a la puerta, la espalda pegada a las planchas de acero del pabellón.

Cerca de la puerta, se arrojó a tierra y reptó hacia el interior del almacén. Dividido en varias secciones, el pabellón era una construcción de cincuenta metros de longitud por veinte de ancho. Sólidas cuadernas de acero sustentaban la cubierta.

El almacén permanecía en penumbras. Sólo un poco de luz penetraba a través de los vidrios traslúcidos de sus altas ventanas.

Alguien se movía al fondo, allá por la sección de víveres. Era un ruido desacompasado, como si un rinoceronte borracho se moviera pesadamente en un recinto cerrado.

Zakarian llegó bajo el cuadro de luces, se incorporó despacio y conectó el conmutador general. El almacén se inundó de la luz que brotaba a chorro de los panales colgados de las vigas.

Una silueta gigantesca se movió tras una estantería. A Larry se le erizaron los cabellos de la nuca al ver aparecer una cabezota greñuda por encima de la estantería. Luego apareció otra cabeza. Y otra, y otra... Y resonaron los gruñidos y un corpachón chocó contra una estantería de la sección de ferretería, que se vino abajo estrepitosamente.

¿Cuántos eran? ¿Diez, doce, veinte? Sea como fuere, los colosos se movían torpemente a lo largo de los estrechos pasillos, tropezando a cada momento y volcando estanterías y contenedores por doquier.

Larry sentía la tentación irresistible de apretar el gatillo para liberar su miedo, pero al mismo tiempo temía que ellos lo descubrieran.

Una sucesión de estrepitosos estampidos lo impulsó a dejarse caer al suelo bruscamente. Dos paneles eléctricos saltaron destrozados y los fragmentos de vidrio tintinearon en el suelo.

Zakarian asomó la cabeza.

Uno de los cíclopes tenía entre sus manos..., una metralleta. La

movía lentamente entre sus zarpas velludas como si le interesara profundamente. Al parecer, de vez en cuando apretaba el gatillo por casualidad y surgía un chorro de balas con dirección indefinida.

—Fue ése quien disparó —descubrió Zakarian, perplejo—. No tiró contra mí: se le escaparon los disparos.

Habían destrozado los congeladores en los que se almacenaban pollos, frutas y pescados, y comían con fruición, produciendo crujidos, bufidos y otros murmullos indefinibles. De cuando en cuando, un mueble metálico se desplomaba y su contenido salía rodando por los pasillos.

Vigilándolos, Larry entornó los párpados.

—¿Por dónde entraron? —se preguntó—. Hay otra puerta atrás: la del bar. Quizá la arrancaron de los goznes. ¡Si pudiera encerrarlos! Ahora se encuentran lejos de su hábitat natural y se mueven con torpeza. Si cerrase el portón…

Se arrastraba hacia fuera, cuando resonó el escape del jeep. Probablemente Bob se alejaba un poco de la entrada en aquel momento, para iluminar mejor la zona con sus faros… Al incorporarse de espaldas, Larry chocó contra el contenedor de los desperdicios y lo volcó aparatosamente. Al punto, los cavernícolas que pululaban al fondo del almacén se volvieron hacia la puerta y le miraron a través de las rendijas estrechas de sus ojos rojos.

Unos disparos atronaron el almacén. Los balazos destrozaron espectacularmente unas bombonas de alcohol y el fuerte aroma etílico se expandió en el acto.

Zakarian asió con fuerza el tirador del portón para cerrarlo, tiró y… se lastimó la muñeca: ¡el artilugio mecánico se había atrancado!

Detrás resonaron los pesados pasos de los cíclopes: ¡thamp, thamp, thamp…!

Zakarian perdió el ánimo momentáneamente y echó a correr hacia el jeep. Saltó, se dejó caer en la parte trasera y gritó:

—¡Aprisa, aprisa! ¡Vienen tras de nosotros…!

Bob metió una velocidad y el motor se caló. Atolondradamente dio al arranque sin pisar el embrague y el motor volvió a calarse en el momento en que el tropel de colosos brotaba por la puerta del almacén, arrancando de cuajo en su ímpetu el sólido portón basculante. Zakarian se apeó de un salto.

—Si quieres salvar el pellejo, ¡corre! —gritó, después de golpear la espalda de Willow. Y advirtiendo la indecisión de su ayudante, le aferró de un brazo y le sacó del jeep de un tirón.

Los cíclopes se habían detenido, cegados quizá por los faros del jeep. Zakarian remolcó al paralizado Willow hacia el generador eléctrico y ambos corrieron con todas sus fuerzas, alejándose del almacén.

Detrás de ellos resonó una descarga de metralleta. El generador dejó de zumbar y todas las luces se apagaron.

—¡Maldita, maldita sea! —gritó Larry Zakarian—. Uno de esos monstruos tiene una ametralladora en sus manos y dispara al azar cada vez que tropieza con el gatillo. ¡Y ahora ha debido ametrallar el transformador del grupo electrógeno...!

La súbita oscuridad les desorientó. De pronto, Zakarian oyó un fuerte golpe metálico seguido de un gemido estrangulado.

—¡¡Bob!! ¿Qué te pasa?

—¡Ay! ¡Creo que he abollado con mi cabeza la caja de un camión! —respondió Willow con un hilo de voz.

Larry llegó hasta él, palpó el suelo con las manos y halló a su amigo.

—¡Sube a la cabina! Si logramos arrancar uno de estos camiones «Goliath» estaremos a salvo —susurró a su oído. Le tomó por un brazo, tanteó la puerta de la cabina y le ayudó a subir.

La metralleta colgaba de su hombro, entorpecía los movimientos de Zakarian en la oscuridad, pero por nada del mundo se hubiera desprendido del arma en aquel momento.

A tientas, encontró la llave de contacto en su sitio y la giró. El pesado camión se estremeció durante unos segundos y en seguida se oyó el zumbido potente del motor. Zakarian dio las luces y los cuatro faros barrieron con su luz la explanada.

—¡Ahí vienen! —murmuró entre dientes. Y miró a Bob, que se palpaba un tremendo chichón en su frente.

Galopaban en tropel, al viento los largos cabellos blancos. No eran quince ni veinte, sino más de treinta. Aparecían por detrás del generador, del almacén, bajo los depósitos elevados de gasolina y propano, de la zona de los pabellones...

Pisó el embrague, aceleró para dar revoluciones al motor y movió la palanca de cambio. El camión se puso en movimiento y Larry cambió.

Varios cíclopes venían a su encuentro y se estrellaron brutalmente contra el avanzado paragolpes. Un tren de dieciséis ruedas pasó por encima de sus cuerpos, destrozándolos con secos crujidos.

Ahora, cuando Zakarian torcía el ancho volante, los colosos retrocedían cegados y huían en todas direcciones. De refilón, Larry alcanzó con el paragolpes a tres de ellos, que derribó tan espectacularmente como si fueran jirafas africanas.

Zakarian aceleraba, reducía, embragaba, cambiaba de marchas. Y el camión que conducía levantaba una nube de polvo amarillento.

Al fin, la explanada quedó desierta. Las siluetas de los cíclopes que huían se fundieron finalmente con las tiniebla nocturnas. En el suelo quedaban algunos cadáveres aplastados, pero Zakarian no los miró.

Todavía los persiguió hacia el norte durante seiscientos metros. Ellos corrían en la oscuridad de los barrancos, escurriéndose ágilmente entre los canchales de los cerros áridos próximos al campamento. Luego, Larry giró el volante y volvió hacia las instalaciones.

Pulsó el botón de su radio emisor y gritó:

—¡Postman, Yesman, Temple, Chrysler, Halsey! ¿Dónde está el jefe de vigilantes Haman? —y un coro de voces chillonas sonaron en el altavoz.

—¡Uno por uno! —ordenó Zakarian. Y se hizo el silencio. Al fin, se oyó la voz de Temple:

—¡No hemos visto a Haman, señor! Hace más de una hora que fue a echar una ojeada al almacén.

El almacén. Los cíclopes, la metralleta que manipulaba torpemente uno de ellos… Zakarian se dirigió al almacén. Por el camino, llamó al jefe de electricistas y les conminó a abandonar sus camas y a reparar en el acto el transformador de la planta generadora de electricidad.

Saltó del camión y penetró en el almacén con el dedo sobre el gatillo de su arma. Se diría que por allí había pasado una manada de bisontes furiosos. Al fondo del caos, Larry halló el cadáver del jefe Haman: le habían roto el cuello.

Volvió al camión y dijo, malhumorado, a Willow.

—¡Deja de acariciar tu chichón, coge tu radio y envía un aviso urgente a Mike Virgili! Que interrumpan los trabajos y se replieguen á las máquinas. Que aguarden en las cabinas hasta nueva orden.

Mientras Willow llamaba con voz estrangulada, Zakarian condujo hacia la enfermería. Tuvo que identificarse antes de que la rubia doctora Davenport le franquease la puerta. Allí todo estaba en orden: Josephine dormía apaciblemente, bajo la acción del sedante. Barbra había curado a Tim Reilly y sus otros dos enfermos estaban tranquilos.

Recorrió el perímetro del campamento y comprobó que los vigilantes estaban en sus puestos. Ninguno de ellos había advertido nada extraordinario, excepto algunos ruidos anormales y unas ráfagas de metralleta.

«Es natural que no hayan visto nada. Las luces se apagaron», pensó Zakarian.

Volvió al centro del campamento y revisó los pabellones-dormitorio. Se advertía cierta inquietud entre los trabajadores allí. Y también entre las mujeres que ocupaban un bungalow triple —cocineras, camareras y trabajadoras de la lavandería— entre los cinco grandes edificios prefabricados que servían de vivienda a los obreros del canal.

Fatigado, Zakarian condujo el camión hacia su bungalow. Antes de

que el «Goliath» se detuviera, las luces volvieron a lucir, esplendentes.

Bob le observaba con atención. Y dijo:

—Larry, todo lo que ha sucedido esta noche ¿es real o lo he soñado?

Zakarian rió entre dientes.

—Vete a dormir. Te toca el turno de las seis.

—Pero…

—Obedece. Tengo que ocuparme de otras cosas.

Bob bajó a regañadientes y caminó, volviéndose a veces, hacia su vivienda.

Los electricistas volvían a sus pabellones y alzaron la mano en señal de saludo cuando Zakarian condujo el camión hacia el taller. Aquellos hombres no habían visto los cadáveres aplastados sobre el polvo de la explanada, evidentemente.

Larry dio una vuelta alrededor de la nave del taller mecánico. Miraba las ventanas, los tragaluces y las puertas de acceso. Luego, seguro de que todo estaba en orden, frenó y bajó al polvo.

Introdujo una llave en la cerradura de seguridad y abrió. Al fondo del taller, la carrocería color cobre de su «Mustang» brillaba tenuemente.

Cruzó el taller, rodeó las máquinas herramientas, los equipos de soldadura y los bancos de trabajo y abrió la portezuela de su coche. Dejó escapar un suspiro, abrió con llave la consola del radio-teléfono y alzó el auricular. En seguida oyó la señal.

—¿Operadora? Conferencia de larga distancia con míster William Atchison, 8737432 de Nueva York. Es urgente, por favor…

CAPITULO XIII

Primero llegó un helicóptero pintado con colores de camuflaje. Debían ser las dos de la tarde. Era un enorme aparato de transporte, que descendió sobre el campamento como un zopilote bien cebado, alzando a las alturas gigantescas nubes de polvo.

De su fuselaje brotaron sesenta soldados armados hasta los dientes. Ametralladoras, bazookas y tres cañones de infantería sin retroceso. Mientras los soldados descargaban su impedimenta y armamento, descendió del aparato el coronel Walter Kareland, un hombretón de cuarenta y cinco años que lucía un gran bigote rojo. Le seguía un elegante oficial llamado Boogiecrane. Tenía en su uniforme bien planchado las barras de mayor del ejército, y era el ayudante del coronel Kareland.

Todo esto lo vio Zakarian a cinco kilómetros de distancia, gracias a sus magníficos prismáticos de campaña. También vio que un jeep se acercaba a los militares. Del jeep descendió el nuevo jefe de vigilantes, Temple, pero Larry no pudo oír las palabras que temple cambiaba con Kareland y el mayor Boogiecrane.

Zakarian llegó al campamento diez minutos después. Cuando Temple le presentó a los oficiales, Kareland alzó el fuerte mentón:

—Creí que usted nos estaría esperando aquí, señor Zakarian —dijo.

—Vine en cuanto pude. Debo dirigir, durante mi turno, los trabajos del canal.

—Bien, bien, ¿qué es toda esa peregrina historia de una gran caverna y de unos formidables gigantes que devoran vacas enteras? —inquirió el coronel con voz campanuda.

Por fortuna, en ese momento el helicóptero en que llegaba míster Atchison descendía sobre el campamento y Zakarian fingió no haber escuchado lo que Kareland le decía.

El gerente de la McAdams llegó en seguida, acompañado de una maravillosa secretaria rubia y de sus dos habituales guardias de corps. Atchison y el coronel se las entendieron entre ellos, para satisfacción de Larry Zakarian.

Luego el gerente llamó al ingeniero jefe.

—El coronel desea que usted lo guíe a esa especie de caverna. Tengo entendido que miss Hall también conoce esos pasajes subterráneos. ¿Podría ella...?

—No —dijo Zakarian—. Esto no es cosa de mujeres.

—¡Sí! —gritó una voz tras él—. Cualquier cosa es cosa de mujeres —afirmó Josephine Hall, avanzando en shorts hacia el grupo que

formaban los hombres.

—¡Espléndido! —cuadró los hombros Kareland—. La expedición será más animada con la presencia de una mujer tan hermosa. Encantado, miss Hall.

Kareland se inclinó y besó la mano de Josephine; su ayudante también. «Esto parece Versalles», gruñó para sí Zakarian. Sonreía irónico, pero los celos le punzaban.

Mientras los militares hablaban con Josephine y míster Atchison, llegaron seis grandes camiones militares. Los vehículos se detuvieron en el campamento y un capitán vino a recibir las órdenes del coronel Kareland.

—...serán, ¡ah, sí!, como unas maniobras para mis fuerzas especiales —decía el coronel en aquel instante—. Aunque personalmente no creo una palabra acerca de esa historia de gigantes y monstruos antediluvianos...

—¿Quiere acompañarme un momento, coronel? —dijo Zakarian, redomado y artero.

Les guió hasta el almacén y les mostró una consola congelador. De un manotazo abrió el mueble y mostró su contenido: Kareland retrocedió; su ayudante perdió el color.

—Ya veo —carraspeó el coronel, disimulando su embarazo—. De todas formas, procederemos inmediatamente. Permítanme que cambie impresiones con mis oficiales. En unos minutos partiremos hacia la gruta.

A las dos y media de la tarde, los camiones se diseminaron. Kareland había dispuesto que algunas patrullas tomaran los cerros y vigilasen un ancho perímetro alrededor del canal.

«De acuerdo; vamos a jugar a los soldaditos», pensó Zakarian. Y subió al jeep de un salto. Miss Hall, que se había ataviado entretanto con su complejo equipo de espeleóloga, viajaba en la cabina de un camión con Kareland y el mayor Boogiecrane.

Cinco guardias del campamento vigilaban el acceso a la sima, cuyo portón aparecía abollado y parcialmente desgajado de sus goznes.

Durante la mañana, el equipo de Luke McRae había montado un amplio montacargas, que fue utilizado ahora para descender al fondo de la «Catedral». Bajaron, primero, un capitán y una patrulla de soldados. Después, el coronel y su ayudante, Josephine y Larry Zakarian.

Las luces estaban conectadas y el camino fue fácil hasta llegar a la «Antesala del Infierno». A la orilla del lago, los soldados botaron una lancha con motor fuera-borda y cruzaron el estanque. En pocos minutos habían tendido un puente colgante que les permitió cruzar fácilmente sobre las aguas negras.

En el pasaje de la grieta, los soldados que iban en cabeza

retrocedieron de pronto.

—¿Qué ocurre? —gritó Kareland, alzando la cabeza por encima de sus hombros.

—Señor, hay un cadáver. El cadáver de una criatura descomunal —dijo un sargento.

Un espasmo nervioso agitó a los soldados.

—Debe ser el cavernícola que arrancó con sus manos un foco eléctrico. Supongo que se electrocutó —explicó Zakarian. Y avanzó entre los soldados y examinó el cadáver. En efecto, las manos del cíclope estaban quemadas, negruzcas.

Con temor supersticioso, seis soldados tomaron aquel cuerpo en vilo, lo alzaron sobre sus cabezas y lo transportaron a la grupa del lago, donde otros comandos montaban guardia en puntos estratégicos.

Los electricistas iban tendiendo cable eléctrico e instalando potentes focos. Los soldados avanzaban despacio, admirando en silencio aquellas maravillas de la Naturaleza. Josephine se sentía ahora más protegida y no se separaba un momento del coronel Kareland, que la consultaba frecuentemente mostrándole una copia del plano levantado por la joven geóloga.

Desembocaron con precaución en el «Seno de Satanás». Los focos iluminaron el insólito anfiteatro y los militares quedaron paralizados, contemplando incrédulos la alta y áspera bóveda, los taludes escalonados, los bosques de estalagmitas, los numerosos y profundos pasajes oscuros que partían en todas direcciones.

Miss Hall parpadeó, muy inquieta.

—Algo ha cambiado aquí —dijo—. El montón de arena de allí abajo ha desaparecido y un muro de pedruscos cubre el fondo. Creo que han…

Los focos se apagaron en aquel momento y la oscuridad densa les envolvió. En el silencio, se oyeron respiraciones aceleradas y una leve y desconocida vibración in crescendo que hacía temblar las bóvedas, los muros, el mismo suelo…

Entonces, sí. Dominada por el pánico, Josephine buscó a Zakarian en la oscuridad.

—¡Larry, Larry, ¿dónde estás?!

Unas manos cálidas tomaron las suyas y se las oprimieron con vigor.

—Estoy aquí. Tranquilízate, yo te protejo —susurró él. Y la abrazó.

De alguna parte, llegó el eco distante de una sucesión de disparos. Kareland se desgañitaba a unos pasos de distancia.

—¡Las luces! ¿Qué ocurre con las luces?

—No lo sé, señor —respondió un electricista—. Tal vez alguien haya cortado la línea. No hay corriente en el tendido eléctrico.

—Pero ¡por mil lámparas de halógenos! ¿No disponemos de una maldita linterna? —bramó el coronel, que farfulló a continuación—: Pero ¿qué es esto? ¿Quién me abraza? ¿Es usted, señorita Hall?

—Ssss…, soy yo, coronel —sonó la voz trémula del mayor Boogiecrane. Y Kareland maldijo sordamente en la oscuridad.

Se oían pasos aplomados allá abajo. Como si una manada de elefantes golpeasen la tierra con sus pesadas patas.

Alguien encontró una linterna, por fin. Su luz no era suficiente para iluminar la vastedad de la gran caverna, pero al débil resplandor pudieron contemplar la insólita escena: de los pasajes disimulados tras las columnas brillantes, brotaban cavernícolas por doquier, que saltaban ágilmente de roca en roca e iban a confluir al fondo de la gruta, desapareciendo a oleadas a través de una disimulada hendidura en el granito.

Sobresaltado, un soldado disparó un rosario de balas de su metralleta y la luz se apagó de nuevo.

— ¡¡Idiota!! —bramó Kareland—. ¡Has destrozado la linterna…!

La confusión era total. A Zakarian se le ocurrió encender su mechero y otros hicieron lo mismo. Los electricistas recorrían la línea, buscando la avería, pero la luz no volvía.

Los soldados se habían replegado en apiñado grupo, las manos engarfiadas a las armas. Abajo había cesado el rumor de pasos. Un zumbido de origen desconocido aumentaba progresivamente hasta martirizar los oídos.

Kareland gritaba órdenes a diestro y siniestro, pero nadie podía oírle. De pronto se oyó una deflagración potente, que conmovió las bóvedas y retumbó a lo largo de los pasajes subterráneos.

Algo extraordinario ocurrió entonces: súbitamente una llamarada de luz solar brotó del extremo más alejado de la caverna. El choque fue tan brutal que todos cerraron los ojos instantáneamente.

Allá abajo, el muro de pedruscos que habían alzado los cíclopes se derrumbaba a cámara lenta en medio de una polvareda. Más allá, en el exterior, fulgió un cegador destello rojo que desapareció instantáneamente.

Cuando abrieron los ojos, contemplaron la gran abertura por la que entraba el sol esplendoroso de media tarde. A través de aquella inmensa boca de treinta metros de altura, vieron un anchuroso anfiteatro erizado de rocas, de cuyos riscos caían torbellinos de arena en forma de vistosos conos. El polvo flotaba en el aire y era arrastrado lentamente hacia el este por la brisa estival.

—Pero ¿qué ha ocurrido? —clamó el coronel Kareland, profundamente desorientado.

Zakarian sonrió. Josephine seguía prietamente abrazada a él.

—Ellos se han marchado. ¡Buen viaje! —respondió.

*

Míster Atchison parpadeó, incrédulo, al verles llegar caminando.

—¿Cómo? ¿Se fueron por un lugar y vuelven por otro?

Ni Josephine ni Larry le prestaron atención: discutían acaloradamente.

Los militares se quedaron unos días, explorando la extensa red subterránea, Levantando planos topográficos y realizando un documental secreto para el pentágono. Zakarian y miss Hall continuaban discutiendo.

Cuando se marcharon los militares, míster Atchison reunió al ingeniero jefe y a Josephine Hall y dijo:

—Ustedes han trabajado demasiado. Y además, tuvieron que afrontar esos incidentes de la caverna «Richard Hall». Sus nervios necesitan un descanso. Así, pues, he decidido concederles unas cortas vacaciones. Sólo serán un par de semanas. Entretanto, Robert Willow se hará cargo provisionalmente de las obras. ¿Están de acuerdo?

—¡Sí! Cualquier solución es buena, si me permite perder de vista a esta terca mujer —barbotó Zakarian.

—¡De acuerdo! Escogeré para esas vacaciones las antípodas del lugar que elija este soberbio individuo —respondió Josephine, señalando a Larry Zakarian.

Atchison sonrió, comprensivo.

—Eso es cosa de ustedes —dijo.

*

Era un pequeño y tranquilo hotel en una minúscula y plácida isla del grupo de las Cook. Los nativos se paseaban semidesnudos por los bosques de cocoteros y las playas doradas. Cuando se cruzaban con ellos, les saludaban agitando una mano y sonreían comprensivos.

La pareja regresaba de la playa y volvió al hotel para almorzar. Caminaban íntimamente abrazados y se besaban a cada paso. No les importaba que los amables nativos les observaran y sonrieran.

Almorzaron con desmedido apetito y subieron a su suite. El sol, dorado, se filtraba a través de las ligeras persianas. Una música cadenciosa sonaba al volumen justo.

—Atchison dice que unos de los cadáveres fue enviado a la Universidad de Berkeley —dijo la señora Zakarian, desde el cuarto de baño—. El otro se lo han reservado los del Pentágono. ¿Crees que los exhibirán, Larry?

El hombre fumaba un cigarrillo junto a la ventana. Con los párpados entornados, contemplaba las volutas azules que se

deslizaban entre las láminas de la persiana. Fuera, la brisa movía cadenciosamente las frondas y traía aroma intenso a flores.

—¿Exhibirlos? Ya sabes cómo son los gobernantes. Han censurado toda noticia al respecto. Ningún medio de comunicación ha publicado el menor comentario respecto a lo sucedido en un recóndito lugar de Nuevo México. En cuanto a esos cadáveres… Las eminencias de Berkeley los examinarán y desmenuzarán entre «¡oh, ooh!» de admiración. Los guardarán en compartimientos acorazados, como fenómenos de la Naturaleza, y jamás volverá a darles el sol.

—A nosotros, sí —rió Josephine, desde el baño—. ¡Qué delicioso lugar! Por desgracia, los días transcurren a ritmo de vértigo. Larry…

—¿Qué?

—No me explicó cómo pude ser tan terca. Al fin y al cabo, ¿qué más da que la entrada a la Sima «Richard Hall» sea por la «Catedral» o por el «Seno de Satanás»? Sin embargo, me sentiré muy dichoso al día que las cavernas sean abiertas al público y desfilen por allí millares de personas. ¡Poco podrán imaginarse los momentos emocionantes que vivimos allí!

—Podemos repetirlos —dijo el hombre—. Nosotros dos, solos. Tú dejarás caer tus ropas y yo te perseguiré, como un fauno, a lo largo de los pasajes subterráneos…

Resonó una risita que procedía del cuarto de baño.

Zakarian, distraído, seguía fumando de cara a la ventana. Una mano le arrebató el cigarrillo y lo hundió en el mantillo húmedo de una vistosa maceta. El aroma que emanaban los cabellos de Josephine inundó de efluvios la nariz del hombre.

El había cerrado los ojos, extasiado. Los abrió al fin, giró la cabeza y exclamó:

—¡Josephine!

Se incorporó de un salto y la abrazó. Sus manos ciñeron la cintura desnuda y descendieron, audaces, más y más.

—Josephine —repitió él con la voz estrangulada por la pasión.

Ella lo atrajo suavemente hasta el lecho. Y Larry gimió:

—¡Jossy, Jossy!

Los labios jugosos buscaron su boca, posesivos. Los cuerpos se unieron apasionadamente. La música de ukeleles resonaba, tenue, en la alcoba.

Zakarian suspiró y hundió su rostro en los cabellos de la mujer.

—Y pensar que en el campamento te llamaban la Diosa de Hielo —rió, jubiloso.

FIN

[1] Personaje mitológico, cíclope de Sicilia, que habitaba una caverna próxima al Etna. Gigante con un solo ojo en la frente, Polifemo devoró a varios compañeros de Ulises. El protagonista de «La Odisea» consiguió vencer al cíclope, hundiéndole su único ojo

[2] En inglés. «Antesala del Diablo».

[3] Aparato que los atletas se sujetan al tobillo para calcular la distancia recorrida en los entrenamientos.